

LOS DINEROS DE DIOS

1.VAMOS A TABASCO

Una mañana de principios de abril, después de hacer mis ejercicios matinales en el Spa del hotel Ejecutivo de Culiacán, donde vivo, bajé a presenciar el desfile de reinitas que acuden todas las mañanas a la academia comercial ubicada al otro lado de la calle y luego desayuné en la cafetería situada en la planta baja.

Como siempre, me puse a leer los periódicos locales en las amplias butacas del lobby para saber cuanto había empeorado la situación económica del país, no porque me angustiara, soy más solvente que algunos bancos, sino porque era espectador involuntario de la crasa ineptitud de nuestros gobernantes, incluyendo al desgobernador de Sinaloa, el gordo Vega.

Hacia las diez recibí un llamado telefónico de larga distancia y subí a mi suite a contestar.

La llamada venía de Villahermosa, Tabasco, y fue muy breve. "¿Habla el 'Niño Perdido'?". Asentí. "¿Está usted disponible?" Lo estaba, hacía por lo menos tres meses que no me caía una chamba al menos regular. Había rechazado varias por no ser de mi nivel ni de mi especialidad. "¿Puede viajar a Villahermosa?" Sin duda, viajar me apasionaba, y si era por cuenta de otros, más. "Lo esperaremos en el Hotel Viva, tiene usted reservación a cargo de Financiera Pochitoque para este domingo y puede pasar a recoger su boleto en Mexicana, boleto de ida y vuelta, por si no nos arreglamos en los términos de su trabajo." Allá estaré" prometí y colgué dando las gracias por el llamado.

Tenía curiosidad por conocer el sureste, que no fuese Cancún, a donde había ido varias veces. Si el trabajo no me convenía podía permanecer por esos rumbos en calidad de turista. Sin embargo, la intuición me chistaba al oído que iba a ser un buen trabajo, tan bueno como aquel de la droga robada que tanto dinero, mujeres y emociones me deparó.

Seguía siendo el mejor en mi especialidad: agente libre, como les llaman en el deporte profesional a los independientes, especialista en la localización de personas u objetos desaparecidos. Ideal para quienes no deseaban tratos con la policía, sea cual fuese su motivo.

Me gustaba Culiacán. Mujeres bonitas, muy bonitas, medio ambiente no contaminado, policía en extremo corrupta, dólares en abundancia y amigos bien colocados en todos los medios. No soy culiche, soy de El Roble y por eso me dicen "El Niño Perdido"; aunque mi verdadero nombre casi nunca lo uso, adopto aquel que exigen las circunstancias de mi profesión.

Compré licencia de conducir, tarjetas de visita, credencial para votar y credencial del Seguro Social; en todas constaba que era agente de ventas de "Appleton Computers", y también obtuve una tarjeta de crédito "básica" por una cantidad no mayor de veinte mil pesos, a nombre de Jesús Malverde Chandler; lo de Chandler lo inventé porque además de ser un fanático de Raymond, doy, como buen sinaloense, medio tipito de gavacho y, lo de Jesús Malverde, por ser en Sinaloa el santo patrono de los mafiosos. No por que lo sea yo, únicamente por afinidad selectiva.

De compañero de asiento en la conexión de México a Villahermosa me tocó un chaparrito flaco, muy chaparrito y muy flaco, hablantín y contador. Su nombre: Oscar Vidal, contador de una editorial en México y quien iba de vacaciones a su terruño. Me informó que abril era el mes más caluroso en Tabasco debido a que es el último mes de secas, la cosa andaba ahí por los cuarenta y cinco grados centígrados a la sombra. Me recomendaba guayabera, no ese trajecito, que por muy ligero que fuese iba a botarlo al primer día que pusiera un pie afuera del hotel. Me dijo donde podría encontrar las mejores guayaberas al menor costo: en los portales de Madero; el doctor Zedillo, me aclaró, recomienda que no se compren cosas en las tiendas de los hoteles, porque las dan al doble, es mejor donde me indicaba porque ello incentivaría mi ahorro personal y por ende, el ahorro interno del país, así, cuando el sexenio terminara, el doctor tendría en donde meter la mano, no que el enano grotesco le había dejado las arcas vacías. ¿Y luego él, en qué libro va a leer?

Tomé muy en cuenta eso de las recomendaciones del doctor Zedillo que incluían me alojara en el Hotel Manzur y no en el Viva, pero como quien pagaba no era yo, me fui al Viva. Oscar me dio su tarjeta. Estaría un mes en Villahermosa, me anotó su teléfono. Llegamos a Villahermosa en la tarde y no sentí el calor, porque del aeropuerto subí a un taxi con aire

acondicionado que me dejó en el hotel Viva. Amablemente llevé a Oscar conmigo y le di instrucciones al taxista para que lo dejara en su casa.

No pude hacerme una idea de la ciudad porque el taxi nunca entró en ella, de la llamada carretera internacional había un desvío pequeño al hotel, situado en la orilla de una bellísima laguna llamada de "Las Ilusiones". Mi equipo de trabajo venía en dos fuertes maletas por las cuales pagué sobrepeso y aunque, según Oscar, el doctor Zedillo recomendara viajar con el mínimo de equipaje, mis herramientas eran indispensables.

Traía yo un cuerno de chivo de fabricación especial, ligero pero muy resistente y con cargadores de 60 tiros cada uno. Cuatro granadas: dos de fragmentación y dos incendiarias; un bazooka, esposas reforzadas, una cadena con púas para ponchar llantas, una soga para escalar, cinta adhesiva para amordazar, mi estuche de la verdad, una pistola Luger 9 mms con silenciador acoplable, un rifle de precisión con mira de láser, un interceptor de teléfonos fijos y otro para celulares, éste último comprado recientemente en Chicago junto con un curso para su uso que me salió en un ojo de la cara (Zedillo no lo aprobaría, de saberlo Oscar); mi propio celular de larga distancia y otros artilugios más. No desempaqué, pues aún no sabía si entraría en campaña, aunque ,como ya lo señalé, me latía que sí.

No había duda que yo no era ninguna garantía para el ahorro interno del país, porque me compré tres guayaberas yucatecas, supuestamente de lino y con 120 alforzas cada una, en una tienda del hotel que me costaron 500 pesos por pieza.

Luego pedí un taxi y ordené que me depositara en el centro. Me dejó en la llamada "Plaza de Armas", el viejo centro de la ciudad, frente al añoso Palacio de Gobierno. ¡Entonces supe lo que era abril en Villahermosa! El sol ya se había metido pero yo comencé a sudar como marrano en el asador. Bueno, tendría que acostumbrarme a este clima, así que tomé el asunto con calma y me puse a recorrer la parte vieja de la ciudad, de Plaza de Armas al Parque Juárez y, a las dos cuadras la guayabera habíase mojado y se me pegaba en la espalda. Terminado el pequeño paseo sauna paré un taxi y volví al hotel.

Me bañaba a las ocho de la mañana cuando recibí la primera llamada. El licenciado Fernando Baeza solicitaba desayunar conmigo en el hotel; mesa reservada a su nombre, cuando yo bajara él estaría ahí.

Ahí no estaba. Llegó con media hora de retraso. Tendría unos 34 años, estatura mediana, delgado, ojos claros, pelo ralo y claro, sonrisa pronta, maneras untuosas y guayabera de algodón, blanca. Nos presentamos, platicamos del tiempo y luego me dijo que tenía órdenes de llevarme al museo al aire libre de "La Venta", situado a tres minutos de ahí en auto.

-Un magnífico museo arqueológico y antropológico, el más completo del sureste, un lugar ideal también, para platicar -recomendó Baeza.

Eran las diez y el calor llenaba el paisaje, pese a ello, fuimos a pie (¿sería también recomendación del doctor Zedillo para fomentar el ahorro personal y luego el interno?), tardamos diez minutos y nos ahorramos veinte pesos.

Recorrimos algo de los senderos a cuyos lados los enormes monolitos olmecas y mayas eran desgastados a conciencia por el inclemente clima tabasqueño. Una bella forma de perder esos testimonios milenarios. Junto a una enorme cabeza olmeca , Baeza entró en materia.

-Represento a la Financiera Pochitoque, líder de las empresas en su ramo en todo el sureste. La Financiera invirtió una fuerte suma en un cuadro clásico como primera adquisición para el futuro Museo de Arte Jamal, que será el mejor del sureste. Nuestro asesor financiero y guía moral y espiritual, el padre Jacques Cheverny de la reverendísima Congregación de María, asesoró la operación de compra y traslado hasta esta ciudad. El cuadro será develado en el vestíbulo de la Torre Maridaje en una ceremonia pública ya anunciada para el próximo cinco de mayo. Al recibir el cuadro, procedente de Europa, el padre Cheverny, quien entre otras cosas conoce mucho de obras de arte venecianas, notó que era falso y humildemente lo regresó a la Fundación Jamal, institución cultural subsidiaria de Financiera Pochitoque, encargada de comprarlo. La Fundación considera haber sido víctima de una estafa de enorme cuantía, toda vez que pagó por el cuadro ciento veinte millones de dólares- Baeza hizo énfasis al citar la cantidad, pero a mí no me asombró la cuantía en juego, sino que un pinche cuadro pudiera costar tanto-.

Puesto que esperaba una exclamación de asombro, no quise decepcionarlo y emití un largo silbido de admiración.

-Debe de medir por lo menos cincuenta metros de largo por diez de ancho -calculé sinceramente.

-Creo que no es tan grande -corrigió Baeza- el caso es, que la Fundación Jamal desea recobrar el cuadro original, a como dé lugar. Para ello, está dispuesta a erogar el cinco por ciento de su valor total.

-La compañía de seguros que lo aseguró me daría el diez por ciento, no el cinco -afirmé, espantándome de un brazo el primer mosco de un ejército que cargaba contra mi persona, exclusivamente.

-La compañía que lo aseguró es Aseguradora Juchimán, del Grupo Financiera Pochitoc del Sureste.

-La que sea, mis honorarios son el diez por ciento del valor del objeto a recuperar y un anticipo del dos por ciento. No trabajo por menos de eso -y comencé a sacudirme incesante e infructuosamente los moscos.

-Eso representa doce millones de dólares. Tus honorarios son muy altos.

-Eso ustedes lo sabían cuando me llamaron. ¿O no? -plaf, plaf, los moscos me picaban a través de la ropa.

-¿Qué garantía tenemos del buen uso del anticipo? -aceptó tácitamente Baeza -dos millones cuatrocientos mil dólares es una suma considerable.

-En este tipo de trabajos todo es a la palabra. La garantía es mi palabra. En el lejano caso de fracasar, haré un estado de cuentas de lo gastado, si sobrevivo, pero no habrá devolución. Quien quiera que haya sido mi recomendante, sabe que así trabajo y que se toma o se deja. Bien pueden ustedes acudir a la Policía Judicial Nacional o a un despacho privado de detectives.

-Ningún cuerpo policiaco es confiable. De encontrarlo ellos, el cuadro iría a parar a alguna colección particular, vendido en una bicoca. No sabemos de que algún despacho privado de detectives tenga la capacidad y discreción, sobre todo, discreción tuya.

-Entonces...¿estamos con el diez por ciento?

-Estamos.

-Adelante con los faroles.

-¿A qué cuenta abono el anticipo?

- A ninguna -plaf, plaf- esto es contante y sonante. Y ya que nos pusimos de acuerdo, larguémonos de aquí, que me están comiendo vivo los cabrones moscos.

En medio de una nube de moscos que solamente a mí me picaban, salimos del parque museo y nos trepamos en el primer taxi que pasó. Baeza me recitó un cuarteto que maldita la gracia que me hizo:

-Tabasco, tierra de moscos,

agua color de cagada,

una gente hija de puta,

¡y un calor de la chingada!

-¿No que Tabasco es un edén? -recriminé tallándome la espalda en el asiento del coche.

-Para nosotros Malverde, para los tabasqueños. Mañana en el desayuno a las nueve, te haré entrega del anticipo, y te daré datos adicionales para que comiences tu pesquisa.

-Pues hasta mañana Fernando -me despedí y entré corriendo al hotel, pues ya otro escuadrón de moscos venía en picada sobre mi adolorida persona.

En el cuarto me restregué todo el cuerpo con loción y ya un poco descansado, marqué el número del contador Vidal, pues quería saber quién o quiénes estaban atrás del Grupo Financiera Pochitoque Pochitoque del Sureste.

Quedamos de vernos en el bar del hotel Manzur, porque de encontrarnos en el hotel Viva, él tendría que tomar un taxi y, el doctor Zedillo desaprobaba el uso de taxis, por eso nos veríamos en el mero centro y luego me llevaría a comer al Club de Pesca.

A la una de la tarde llegué puntual. Mi nuevo amigo arribó al cuarto para las dos. La puntualidad -anoté mentalmente- no era una característica de los tabasqueños.

¿Qué vientos me arrojaban a ese edén maravilloso?

-Represento a las computadoras Appleton para todo el sureste -expliqué.

-¿Qué no es esa una marca de ron? - marcó extrañado'.

-El Grupo Appleton tiene una división de computadoras -aclaré.

Oscarito pidió la primera de una serie de cubaslibres con Appleton dorado, que fue bebiendo sin dejarlas calentar.

Luego nos trasladamos a comer, pero "Ocár", -en ese grandioso edén se acentuaba su nombre y se suprimía la "s " según noté cuando varios amigos pasaron a saludarlo, bebieron un trago con nosotros y emigraron-, cambió de idea y viendo que no hacía gesto de desagrado ni por las cubas que él bebía, ni por las numerosas que obsequiaba a sus amigos, pronto a medios chiles, señaló la conveniencia de ir a Saloya a que yo probara el famoso pejelagarto, platillo único en el mundo. Y nos metimos a un taxi, porque Saloya distaba unos diez kilómetros de la ciudad, por la carretera a Frontera.

Saloya estaba a la orilla de un río y no era un restaurante, sino un conjunto de fondas de palapa. Entramos a una donde "Ocár" fue recibido con cariñosos "Qué milagro que llegas 'ijoeputa" y otras lindezas del florido vocabulario tabasqueño.

Se hizo traer un gran pejelagarto asado. En nuestras barbas le quitaron un palo que lo atravesaba a lo largo y nosotros tuvimos que descascararlo con los dedos. Lo acompañaba una salsa de chile amashito macerado en limón con cebolla morada. En mi vida había comido cosa tan buena.

-Cada vez hay menos- apuntó "Ocár" chupándose los dedos. Porque estos 'ijoeputa de Pémex han contaminado ríos, lagunas, esteros, arrollos y hasta a su chingada madre, exterminando guaos, pejelagartos, pochitoques, armadillos, pijijes, lagartos y todo cuanto se mueve en selva, sabana y pantanos.

- ¿Y la jipiteca Carabina, qué? -reclamé pronto.

-A esa, como a todos los que se ocupan del medio ambiente, ya le llegaron a su precio.

Cuando vi que "Ocár" había arribado a su nivel óptimo, pregunté:

-¿De quién es la Financiera Pochitoque?

-Del hombre más rico del sureste, Marcos Jamal Cebiche. En el Café Casino se dice que está financiado por los narcos, porque hace diez años, lo único que tenía Jamal eran deudas y averiguaciones previas por fraude.

-¿Y qué me cuentas del padre Cheverny?

-¿El francés? Es la eminencia gris de Jamal. Hasta para cagar lo consulta.

-¿Cómo llegó a este paraíso?

-Sepa el carajo. Pero si vas a venderles computadoras, olvídate de ellos, no te recibirán, tienes que hablar con David Gurabo Gutiérrez, el segundo hombre más rico del sureste y el que da la cara al público en las empresas del grupo.

-¿Es también prestanombres de los narcos? ¿Lavador de dinero?

-No, ese fue político importante y lo que tiene lo robó en el noble ejercicio de sus funciones y con el agio.. Como todo buen priísta que se aprecie; según las nauyacac del Café Casino.

-¿Nauyacac? -indagué desorientado por el regionalismo.

-Sí, sierpes cuatro narices, parientes de las cobras aclaró arrojándole una bocanada de humo a una gigantesca cucharacha que en esos momentos cruzaba la mesa.

No le saqué más a "Ocár" y regresamos a Villahermosa. Aún intentó llevarme al Club de Pesca, el lugar más bohemio de la ciudad, pero dije sentirme mal y eludí por esa vez la visita.

Desperté en la madrugada. Por la sed terrible que sentía, deduje que debían ser las consecuencias de haberme embriagado con ron Apletton. Tenía el paladar tan seco, como el interior de uno de esos cráneos blanqueados de res que se ven en los desiertos de Sonora.

Me levanté de la cama, fui trastabillando hasta el lavabo y abrí la llave del agua fría. Cuando tendía la mano hacia un vaso, miré el espejo que había en la pared. ¡Estaba para el arrastre!

Corrí al servibar y me metí de golpe dos miniaturas de whisky rebajado con agua. "¡Dios, como sabe mal esto!", exclamé. Pero cinco minutos después ya no sentía en la boca aquel sabor a nido de ratas de albañal que hacía un momento casi me hace vomitar.

A las siete de la mañana "Ocár" me hablaba por teléfono. "Lo mejor para la cruda es un menudo tabasqueño". Asentí. "Te espero en el mercado Pino Suárez", ahí sirven el mejor.

Por supuesto, cuando llegué no estaba, pero olí las fondas y pedí lo recomendado por "Ocár". Muy distinto al menudo norteño, diferente a la pancita del altiplano, pero con el mismo efecto reconstituyente. "Ocár" nunca llegó y volví al hotel.

Obviamente, Fernando no llegó a las nueve, sino a las diez.

Yo sólo tomé café. A las once sólo quedábamos él y yo en el comedor, por lo cual podíamos hablar libremente.

-Quiero las características del cuadro -exigí, para comenzar.

-El cuadro es de un italiano llamado Gorgonio y no es más que un tipo medio en cueros en medio de un paisajito furrís. Mide ochenta centímetros de ancho por 90 centímetros de largo.

Apunté:

-¿Tienes una foto suya?

Me la dio:

-Aquí está. Como tú ves, no es la gran cosa. No comprendo como puede valer más de cien melones de verdes, pero así es.

Coincidí:

-¿Cómo les bajaron esta cosa?

-Hay una tipa, Pamela von Steadt, que se dedica a comprar cuadros de esos por encargo. El padre Cheverny sugirió a la Fundación Jamal que la compra del cuadro sería una inversión extraordinaria para el Grupo y un orgullo para el futuro museo.. Nuestro director general, el licenciado Marcos Jamal, aprobó la sugerencia y preguntando a ciertos coleccionistas de arte amigos suyos, supo que la persona indicada para la compra era la señora von Steadt, quien por su trabajo cobraría cinco por ciento de lo que se pagaría.

La señora trajo personalmente el cuadro desde Venecia hasta Villahermosa y lo entregó a nuestro director general. El día de la entrega recibió el cuadro nuestro guía espiritual el padre Cheverny, pero no se entretuvo mucho con él porque estaba saliendo a Francia a donde había ido

para un asunto familiar. El cuadro venía acompañado de sus respectivos certificados de autenticidad y quedó depositado en la casa del licenciado Jamal hasta el regreso del padre Cheverny, quien indicaría el sitio donde debería quedar en exhibición mientras llegaba el bendito día de ponerlo en el futuro museo.

Cuando el padre Cheverny regresó y lo vio, no quedó satisfecho. Algo descubrió, que no vimos nosotros, que le disgustó del cuadro. Mandó traer a un valuator de Londres quien declaró que el cuadro era una copia excelente, pero copia al fin, del original de Gorgonio y que no valía arriba de cien dólares.

Reclamamos a la señora Von Steadt pero ella sostuvo haber entregado el original y de ahí no la sacamos. Creemos que ella nos dio el cambiazo o dio el pitazo de su ubicación para que otro efectuara la sustitución, de cualquier modo ella debe saber quien lo tiene, porque el cuadro, que venía con todo y marco, nunca salió de la sala del licenciado Jamal, y tú serás el encargado de sacarle el auténtico de entre las verijas, si es necesario -terminó contundentemente su larga explicación Fernando.

-No parece tarea difícil. Parece tan sencilla, que creo ustedes mismos podrían haberlo hecho.

-El padre Cheverny es enemigo de esos líos y no desea que sus amigos se inmiscuyan en tan desagradable asunto. Por eso te hemos contratado, Malverde. Aquí tienes tu anticipo -otorgó poniendo una gran bolsa de pan en el centro de la mesa. No lo toqué, quería saber más :

-Ustedes saben bien como localizar a la señora esa, quiero su domicilio, su teléfono, su oficina.

-Por lo pronto, ella vive en Cancún, aquí tienes el domicilio de la villa donde se aloja y su teléfono. También una foto suya reciente -informó Fernando y me tendió un sobre, que tampoco abrí.

-¿Tiempo para entregar el trabajo? -inquirí casi escupiendo el espantoso brebaje que ahí llamaban café.

-Antes del cinco de mayo, por lo del anuncio de su develación -puntualizó
Fernando, dando por concluido el desayuno de trabajo.

Nos despedimos. En mi habitación conté el dinero. Sabía distinguir a un kilómetro de distancia entre un dólar falso y uno bueno. Todos los billetes eran auténticos. Luego saqué la foto de la corredora de obras de arte. No sé por qué me había hecho la idea de hallar una arpía y lo que vi fue un cuero. Era nada más su cara. Rubia, de ojos azules, joven, facciones delicadas pero con un matiz sexy fascinador. Si el cuerpo estaba de acuerdo con el rostro, el trabajo se hacía doblemente atractivo. Salí a alquilar el mejor coche que hubiese en Villahermosa: un Mercury Mystique de dos asientos, y en él, después de comer, tomé rumbo a Cancún.

2. TORTURA CHINA

Hice una parada en Mérida, me alojé en Hyatt y, siguiendo los consejos del doctor Zedillo fui al mercado donde compré más guayaberas y dos sombreros de palma cuya calidad no desmerecía ante los de Panamá (que no son de Panamá, sino de Ecuador), y llegué a las fondas del mercado principal donde me metí un relleno negro y un pollo pibil que me supieron a la puritita gloria.

Temprano salí a Cancún. Era una delicia correr por esa carretera de cuota prácticamente solitaria. Era cara la cuota, demasiado cara, y por ello estaba solitaria; una de las "genialidades" del sexenio salinista, el orgullo de construir seis mil kilómetros de carreteras de cuota. A lo lejos, en esa rectísima y solitaria carretera vi gente obstruyendo mi carril. Primero pensé que serían asaltantes y desenfundé mi Luger, al acercarme vi que no lo eran, se trataba de un juego de beisbol efectuado en la autopista. Bajé la velocidad y tuve que esperar a que quitaran las bases y sujetaran a los niños. Pasé muy despacio entre jugadores y espectadores y no resistí la gana de hacer una pregunta al pítcher en turno:

-¿Siempre juegan en la carretera?

-Siempre, ñiño -respondió con marcadísimo acento maya el pítcher.

-¿Y no los amonestan los patrulleros de caminos?

-¡Pero cómo crees! Donde no circulan camiones, no hay patrullas. Qué tonto eres.

Caí en la cuenta de que había hecho una pregunta estúpida. Los patrulleros de caminos viven de la extorsión del camionero, en esa carretera no había visto, desde que pasé la caseta de cuota, un solo camión carguero. Di las gracias y sorteando los últimos espectadores continué mi camino.

Cincuenta kilómetros de soledad carretera y hallé otro obstáculo. Esta vez vi a lo lejos unos banderines, los cuales, al acercarme resultaron ser tendedores de ropa y, atrás de ellos, un asoleadero de copra. Los campesinos se molestaron por mi intrusión, alzaron los tendedores, movieron hacia los lados los petates y me dejaron pasar, desaprobando mi peregrina idea de transitar por esa vía rápida.

Arribé a Cancún; en la zona hotelera de playa hallé las Villas Zazil-Ha donde vivía mi objetivo y llegué directamente a alquilar una. El administrador declaró tener todo ocupado o reservado, pero una generosa propina en dólares logró el milagro de que descubriera una cancelación de último minuto y me adjudicara un departamento.

Por veinte dólares conseguí que el botones me diera el número de villa correspondiente a Pamela. Como dato adicional me dijo que todos los días se asoleaba de doce a dos de la tarde. Ese dato me costó cinco dólares más, que añadí gustosísimo.

Como ya no la encontraría en la alberca me fui a comer al hotel más próximo: el Omnia, y por la tarde hice subir mi instrumental empacado a mis habitaciones.

Todas las suites daban al mar, eran muy espaciosas y amuebladas con buen gusto. Conmigo llevaba "La dalia azul" clásico de Chandler y la releí toda la tarde, disfrutándola plenamente.

Bajé a desayunar al comedor de las villas y no vi a Pamela. Me armé de paciencia y a las once treinta me acomodé en un camastro de la alberca, esperando que arribara pronto.

A las doce y diez hizo su aparición enfundada en una especie de *sarong* largo estampado con motivos marinos. Yo fingí leer el periódico que llevaba, pero la observé con atención. Ella era de una edad indefinible, que lo mismo podía oscilar entre los 25 que los 35 años. Rubia de tez alabastrina, ojos intensamente azules y manos de largos dedos, hechos para acariciar vergas

grandes, poseía un cuerpo delgado y flexible como el de una leona africana, en el cual sobresalían esos senos turgentes. Mediría 1.75 m, luciendo un bronceado a base de sol y poca loción, su rubia y larga cabellera suelta era natural, al despojarse de la prenda quedó en minibikini y admiré la largura, consistencia y forma perfecta de sus extremidades inferiores, que partían de unas nalgas diseñadas con excelencia. Un cromo, ¡sí señor!, un cromo.

Un cromo frío, que no hablaba con nadie del Zazil-Ha y se concretaba a leer, beber un solo coctel y asolearse por dos horas. Luego iba a bañarse, bajaba y marchaba a comer en un Camaro Z-28 convertible que parecía una bala azul. La seguí y comió cada vez en un hotel distinto y sola. Era evidente que esperaba a alguien.

Al segundo día aproveché su hora de comida para ponerle un interceptor telefónico doble: en el aparato del hotel y en su celular. Grababa las llamadas que entraban y salían, tres veces al día escuchaba lo grabado y borraba lo que no tenía importancia: todo.

Ese mismo segundo día traté de trabar amistad con la bella. A la hora de tomar el sol puse en práctica el viejísimo mexicanísimo y casi infalible sistema de enviarle una copa de lo que estuviese bebiendo.

Al terminar la única copa que se permitía (vodka absolut-con dubbonet al decir del mesero), le mandé la segunda. Yo estaba exactamente frente a ella, pero del otro lado de la alberca. Extrañada, cuestionó al mesero sobre el envío y aquel me señaló. Negó con la cabeza e hizo que el mesero retirara la bebida. Ni siquiera la curiosidad la impelió a mirarme. Clavó la vista en su libro (de arte pictórico) y no me tomó en cuenta para nada.

En la noche escuché las conversaciones grabadas. Eran tres. Una en español y dos en francés, en ninguna de ellas se mencionaban nombres propios. La voz que hablaba en español era una voz no cultivada, de vocabulario escaso y vulgar. Las voces en francés no me decían nada, porque no entiendo ni "jota" de ese idioma.

Al día siguiente repetí el numerito de la copa. Puse al mesero en aprietos, porque ella le dio instrucciones precisas de no llevarle nada, en cambio yo acompañaba el obsequio con una generosa propina que de seguro igualaba su paga semanal. Por eso se la dejó en la mesita y ella

entonces, con un aire de fastidio la alzó, vertió su contenido en el suelo y arrojó la copa vacía al pasto cercano.

Por la noche se repitieron las tres llamadas, a diferente hora.

Al tercer día di curso al número y el resultado fue idéntico, con una ligera variante: la bella arrojó el líquido con todo y copa al pasto, de donde, contrito, el mesero la recogió. Poco después me avisó que no podría insistir porque ella lo había amenazado con poner una queja en la administración. Dura la rubia.

Otra vez por la noche escuché las grabaciones. En español lo mismo de costumbre, el hombre la extrañaba mucho y le prometía visitarla cuando pudiera, llegaría en un yate y harían un breve crucero a las Bahamas. Ambos se intercambiaban piropos y juramentos de amor. El timbre de su voz no me era desconocido del todo, pero no podía asociarlo con su dueño.

En Cancún hay muchos extranjeros, muchos más que en Acapulco, y me di a la tarea de buscar un intérprete del francés. Visité los bares de algunos hoteles, localicé algunos candidatos a intérprete y escogí finalmente a un joven melenudo. Hice amistad con él y finalmente le propuse ganar unos dólares a cambio de la traducción. La cantidad ofrecida era tentadora, le expliqué que se trataba de mi amante de la cual sospechaba infidelidades.

Al cuarto día nos reunimos para la traducción en el cuarto de su hotel en compañía de su pareja, una joven francesa flaca y feucha. No fue apegada sino aproximada, pero sirvió.

La voz en francés intercambiaba con ella melosas frases de amor y la urgía para que se trasladara a la ciudad de México. Ella prometía ir pronto, pero sin precisar la fecha.

El hombre "B" también quería reunirse con ella, pero en Cancún. Recibía las mismas promesas afirmativas pero sin precisar la fecha. No era tan empalagoso como el primero, mas bien parco en sus elogios y protestas de amor.

Al quinto día la llamada en español me reveló tardíamente que el hombre la estaba esperando en puerto Morelos para emprender el crucero. Esa tarde salió en su bala azul y no volví a verla sino hasta cuatro días después.

Cuando regresó avisó a la administración que dejaba la villa al día siguiente. No tenía mucho tiempo que perder. Durante su ausencia había hecho planes. Como a las diez de la noche cerraban el gimnasio de la villa, convencí al encargado que me permitiera hacer ejercicio durante una hora a partir de las doce de la noche; si bien la petición le pareció rara, la propina lo convenció de su normalidad y me entregó un duplicado para no tener que abrir y cerrar a deshoras robándole tiempo a su sagrado sueño.

Cuando ella subió a su habitación después de cenar, yo ya me encontraba en el clóset de la segunda recámara que se hallaba sin usar. No bien hubo cerrado la puerta salí amagándola con mi pistola y con un dedo en la boca indicándole silencio:

-Si gritas te mato -advertí con suavidad pero con firmeza.

Ella contestó en un idioma que no era francés ni inglés. Entonces le indiqué:

-Hablas el español mejor que yo, Pamela, así que respóndeme en español lo que voy a preguntarte. Siéntate, ponte cómoda, la sesión podría resultar larga -indiqué una silla de la salita.

Pamela tomó asiento.No estaba visiblemente asustada, habló en perfecto español, despectivamente:

-¡Vaya! Hasta en estos hoteles se cuelan los degenerados sexuales.

La saqué de su error inmediatamente:

-No linda, te equivocas, no estoy aquí por tus encantos, que los tienes de sobra, sino para hacerte algunas preguntas.

No tenía un buen dominio de sus emociones. Palideció levemente y tardó una fracción de segundo en recobrar la compostura:

-No acostumbro a contestar preguntas de desconocidos. Pierde su tiempo.

-No soy amigo de perder el tiempo en charlas de cortesía. Vamos al grano, Pamela. Busco el cuadro de Gorgonio, el que trajiste de Venecia, el auténtico, no el que entregaste a la Fundación Jamal.

Pamela no pudo evitar reír ante la mención del cuadro de Gorgonio. Algo me dijo que cometía yo un error, pero sin saber cuál. Un poco desconcertado, traté de aparentar aplomo apuntándole a su seno izquierdo.

-¡Gorgonio! -sonrió despectivamente -no señor, es Giorgio de Castelfranco, conocido como Giorgione. Necesita usted una clasesita de arte, señor, Giorgione murió en Venecia en 1510 y no pintó arriba de unos treinta cuadros pues la peste se lo llevó cuando tenía treinta y tres años de edad. No por su escasa producción, sino por lo extraordinario de su técnica y concepto de la pintura es que ejerció una influencia decisiva en su generación, y es por eso que cada cuadro conocido de Giorgione vale una fortuna. La mayor parte de los grandes museos del mundo no pueden darse el lujo de tener más de un Giorgione en sus galerías.

-Agradezco en todo lo que vale la lección. ¿Tienes una foto del susodicho cuadro?

-¿Me permite ir por ella...señor...?

-Jesús Malverde, para servirte. Chucho para mis amigos, y tú puedes llamarme Chucho. Vamos por ella.

Pamela se levantó y buscó en un portafolios pequeño. De ahí sacó una foto en color y me la dio, regresando a la silla:

-El cuadro se titula "El Señor de los Cielos" y representa, como usted puede apreciar señor Malverde, a un hombre maduro semidesnudo, en una campiña, rodeado de jóvenes mujeres desnudas que juegan bajo su mirada complaciente. Como puede notar, la pradera ocupa muy poco espacio del cuadro, siendo dominado por el cielo cargado de nubes ligeras de ahí el nombre que le inventaron. No hay lugar a duda: el hombre no es ninguna deidad, pero por la majestad de su porte se adivina en él a un poderoso de la época. Al correr de los siglos el título ha inducido a pensar en la representación de alguna divinidad. No hay tal, Giorgione vivía enamorado de la vida, de las mujeres hermosas y de la música -así puso punto final a su explicación.

-Gracias por esta cápsula cultural, Pamela. No ando muy bien en pintura veneciana - confesé aparentando humildad.

-Sospecho que usted no anda bien en ninguna clase de pintura, señor Malverde -remachó con sorna.

-Regresemos al punto de partida. ¿Dónde está el auténtico "Señor de los Cielos?", porque el que está en poder de la Fundación Jamal es balín.

La rubia no se inmutó, ni por tener la pistola apuntándole continuamente, insistió en su tono sarcástico:

-¿Confunde usted Gorgonio con Giorgione y ahora pretende ser un experto en pintura veneciana? ¿Quién le metió esa idea en su cabecita loca, señor Malverde?

-La Fundación Jamal, nena. A quien le diste gato por liebre, la cual me paga por recuperar el auténtico Giorgione. ¿Está bien pronunciado? ¿Está claro?

Por los ojos azulísimos de la rubia pasó una leve sombra, no de asombro sino de extrañeza, pero aunque la disipó en una centésima de segundo, yo la había advertido. Empleó un tono frío e impersonal:

-Escuche, señor Malverde. Yo entregué a la Fundación el cuadro original. Me lo recibió el propio padre Cheverny, quien sí sabe de pintura. El cuadro quedó en custodia en casa del señor Jamal hasta que ocupara su lugar definitivo en el sitio que aconsejara el padre Cheverny. ¿Entiende? El padre Cheverny avaló con su autoridad moral y técnica la autenticidad de "El Señor de los Cielos" que yo entregué. Si se lo cambiaron después, si se quemó, si se lo robaron, eso me importan setenta chingadas. Ni una más, ni una menos. Y ahora, que ya recibió la explicación por la cual vino, haga el favor de retirarse señor Malverde. No tenemos más de que hablar.

Pamela terminó su minicurso con un aire de diosa ofendida, con el tonito que seguramente empleaba con sus criados, humillante.

-Conozco setenta métodos para arrancarle la verdad a la gentecilla que, como tú, intenta verme la cara de pendejo. Setenta, ni uno más, ni uno menos. Contigo voy a intentar el número veinte, de origen chino, es algo laborioso pero efectivísimo.

Le ordené que caminara junto conmigo. Comprendió que su pretendida superioridad no me hacía mella y obedeció, sin abandonar su aire de dignidad maltratada. Pasamos a mi cuarto por mi estuche de monerías y llegamos al gimnasio. La até de las muñecas a las anillas, pero no la dejé colgando, sino que arrimé una banca para que se sostuviera de pie. Muy digna, ni chistó. Luego le até los pies a la banca para que no pudiera patearme o hacer algún movimiento indeseable. En seguida, con una navaja, rasgué la blusa que llevaba puesta y se la arranqué con suavidad, el brasier siguió el mismo camino. Quedaron al descubierto los senos más espléndidos que había visto en mi vida. Perfectos en sus dimensiones, redondez, turgencia y consistencia. Su pezón en el justo tamaño, la aureola rosada, apenas de un tono más oscuro que su piel. Antes de amordazarla le expliqué lo que le esperaba:

-Voy a trabajar tus senos. Tengo que amordazarte porque el método es en extremo doloroso. La pregunta que debes de contestar con un movimiento de cabeza afirmativo y enérgico es: ¿Sabes quién tiene el cuadro? En el momento en que confieses suspenderé el tratamiento. El trabajo de tus senos lleva una hora, más o menos, los chinos eran pacientes, empleaban cinco horas en ello, pero yo no dispongo de su tiempo. Ahorraré muchos pasos de adorno, innecesarios para el fin que me ocupa. Los chinos atormentaban por placer, de ahí que prolongaran el suplicio por horas y a veces por días. Yo no, lo hago por necesidad y debo de apresurarme -al término de mi advertencia la amordazé con una ancha cinta adhesiva y luego le describí el método:

-Voy a inyectarte una solución débil de sosa cáustica debajo de la piel de un sólo seno, a modo que la sustancia actúe aflojando los pegamentos naturales de la piel sobre tus glándulas mamarias y no produzca una hemorragia incontenible. Sentirás un dolor vivísimo y parecerá que tu seno entero está ardiendo, pero eso sólo es el comienzo; te aplicaré unos fomentos muy calientes para ayudar el despellejamiento posterior, pasados veinte minutos, cuando ya la sustancia haya hecho efecto, cortaré con un bisturí alrededor de la base de tu seno, eso no duele tanto pero es muy vistoso, porque algo de sangre correrá por tu abdomen en finos hilos que empaparán tu ropa. Después, jalaré la piel comenzando desde la base hacia tu pezón, eso duele

más que las inyecciones, es casi insoportable, pero no mata. Al final, ya casi arrancada toda, cortaré los conductos que unen las glándulas con tu pezón y sacaré entera la piel de tu seno. Prácticamente es una disección en vivo. Si para entonces no me has dicho lo que quiero, haré lo mismo con el otro. El método sigue adelante, puedo cubrir tus senos sangrantes con sal, o puedo arruinarlos para siempre con ácido, o quemarlos con una llama viva o, en el último de los casos, arrancártelos a mordidas. Ahí, tú dirás. No morirás, pero quedarás hecha una ruina física y síquica; para aliviarte tendrán que hacerte la masectomía y tu poder de seducción se verá notablemente disminuido. Ahí, tú dirás -terminé y ella movió frenéticamente la cabeza denegando.

Con calculada lentitud preparé mis instrumentos de trabajo. Vio claramente como puse en un lienzo blanco la hipodérmica desechable, un frasquito con una solución incolora, el bisturí, la sal, otro frasquito con un líquido oleaginoso incoloro y cuatro pinzas quirúrgicas y un pequeño recipiente de *fondue* para calentar los lienzos. Ella seguía denegando con la cabeza.

Cargué la hipodérmica con agua esterilizada, pues no quería dañarla con el primer piquete, que sería de prueba. Antes de meterle la aguja acaricié con lentitud aquella perfección y le chupé el pezón hasta que lo erecté aún contra su voluntad. Entonces, apunté la aguja a modo de meterla no profunda, sino en diagonal, lo más posible pegada al interior de su piel. Piqué, y antes de empujar el émbolo pregunté: "¿Hablarás?". El movimiento afirmativo frenético de su cabeza me indicó que sí. Saqué la aguja, en el punto de entrada se formó una minúscula gotita de sangre que no creció. Le quité la mordaza. Jadeante, aterrorizada, con voz ronca, imploró:

-¡Detente! Te diré lo que quieres saber, pero no sigas.

No la desamarré. Le aconsejé calma y dejé que hablara:

-Lo tiene Amado Carrillo. Vino por él en su yate y se lo entregué. Si quieres el dinero te lo doy, pero no me hagas esa barbaridad que planeas. ¡No, por tu mamacita, no!

De ser cierto se me complicaba el trabajo extraordinariamente, porque Amado Carrillo era cliente mío, no hacía mucho le había hecho un trabajo importante, estábamos en los mejores términos. Pero esa era la parte moral del asunto, prácticamente sin importancia, lo peliagudo del

caso consistía en que Amado era el capo del Cártel de Ciudad Juárez y rescatar el cuadro de sus manos no era empresa de poca monta. Asocié entonces el timbre de la voz con el capo y, en efecto, quien la había citado para un crucero a las Bahamas era Amado Carrillo, dueño ahora del auténtico "Señor de los Cielos". ¡Putra madre! Pero debía saber más del asunto:

-¿Cómo supo Amado que tenías el auténtico Giorgione?

En la voz de Pamela se traslucía la sinceridad. Estaba acorralada:

-No lo sé. El me habló para pedírmelo. No me explicó como lo supo, tampoco se lo pregunté.

-¿Cuánto le costó?

-Setenta y cinco millones de dólares. Son tuyos, pero suéltame y no me lastimes.

-Olvidalo. Lo que me interesa es el cuadro.

Ya un poco repuesta del susto, Pamela externó su asombro:

-¿No los quieres?

Sí los quería, pero eso no se lo podía decir, ella se quejaría a Amado y no es aconsejable una enemistad personal con ese capo de las drogas. Tenía que cumplir con mi contrato; más tarde, quizás, podría hacerle el favor de aceptarle a Pamela la mitad de esa suma. Así que afirmé enfático, hasta molesto por el ofrecimiento:

-¿Por quién me tomas? Soy una persona seria, honorable. Tengo un contrato y voy a cumplirlo. Si sabes lo que te conviene no te metas en mis asuntos. Ni se te ocurra prevenir a Amado de que ando tras de ese cuadro. Tú ya cobraste, y por partida doble, así que olvídate.

La desamarré , empaqué mi instrumental y volvimos a su cuarto. Por teléfono ordené que bajaran mi equipaje y prepararan la cuenta. Ahí había terminado, pero tenía un cabo suelto:

-Supongo que tú le diste el cambiazo a la Fundación. Un duplicado no se consigue de la noche a la mañana, no es fotocopia, lo trajiste de Venecia junto con el original.

-Obvio.

-¿Por qué no te denunció la Fundación?

-Porque traje el cuadro de contrabando -explicó ella.

-No quieren bronca con Hacienda -deduje en voz alta.

-Con Hacienda están en los mejores términos, pero odian la notoriedad. Les gusta pasar desapercibidos, la humildad del padre Cheverny, tú sabes.

Para despedirme le advertí:

-Si sabes lo que te conviene, lo mejor es que olvides cuanto ha sucedido. Corroboraré lo que me contaste, de no ser cierto, la próxima vez te desollaré desde la coronilla hasta los talones.

-Eres un tipo raro, Chucho.

-Y tú eres la rubia más buena que han visto estos pecadores ojos, nena.

3. TABASCO, TIERRA DE MOSCOS

En la confesión arrancada a Pamela había una laguna más grande que la de "Las ilusiones", y era que ella decía no saber quien le había proporcionado el pitazo del cuadro al "Señor de los Cielos". Tampoco quedó claro para quien destinaba el cuadro el famoso capo. Indudablemente que no sería para él, no podía imaginarme a Carrillo como coleccionista de cuadros, sobre todo, de uno tan raro como ese. No bastaba con saber en manos de quién estaba. Sobre todo si de esas manos era prácticamente imposible rescatarlo. Pero si su destino era otro, entonces, al destinatario final podría quitárselo con mayor facilidad. Era imprescindible volver a Villahermosa, alguien ahí sabía más de lo que aparentaba saber la rubia.

Devolví el coche a través de la sucursal que la alquiladora de autos tenía en Cancún y regresé a Villahermosa en el próximo vuelo. Esta vez seguí el consejo de "Ocár" y me hospedé en el Manzur, ya por mi cuenta. Por lo pronto, no deseaba otra entrevista con Baeza, no sin antes averiguar más por otro lado. Así que hablé a "Ocár" y lo invité a comer a donde quisiera.

En este país existen tres tipos de comida: la comida de pura comida, la comida con bebida y la comida de pura bebida. "Ocár" era afecto al tercer tipo, de modo que me llevó al "Club de Pesca". Apenas salía a la calle, varias miriadas de moscos me atacaron por todos los flancos. En

el brevísimo trayecto de la puerta del hotel a la puerta del taxi, cuando "Ocár" pasó por mí, con apenas 45 minutos de retraso, mis brazos fueron picoteados inclementemente. Sufrí otra picoteada de la puerta del taxi hasta la puertecilla que conducía al sótano del Club de Pesca, un auténtico refrigerador puesto al máximo.

Había un trío.

-¿Conoces "Mis blancas mariposas"? - me preguntó "Ocár" al tiempo que hacía señas al trío para que se acercara.

-No, nunca las he oído.

-Es casi el himno de Tabasco. Su autor es Cecilio Cupido, quien era compadre de mi papá. A ver, muchachos, arránquense con mis blancas mariposas.

El trío se denominaba "Grijalva" y eran hijos de los originales integrantes de ese trío. No lo hacían mal. "Ocár" pidió una de brandy "Presidente", brebaje infame que decliné beber y opté por cubaslibres de ron en vez de jaiboles, creo que el "Síndrome Zedillo" me estaba dominando. Arriba, el infierno verde. Abajo, el polo norte.

La canción bellísima. El trío, muy bueno. Convenía poner a "Ocár" a punto, aquellas canciones de su tierra lo volvían un merengue, de modo que a esa, siguió "Villahermosa" de Manuel Pérez Merino, otro compadrito sagrado de su papá. Esta canción era de la misma calidad de la anterior. Y luego, "Ocár" pidió "Morena" de Paco Solís, casualmente otro compadre de su papá, y quien tuvo su feudo bohemio durante muchos años en ese restaurante. Mientras cantaban "Morena", mis ojos se posaron en una morena de ojo verde intenso que estaba atendiendo la caja. Conforme iba oyendo la letra de esa canción, iba analizando a la cajera.

"Morena, tus ojos son mi locura,

tu cuerpo, es causa de mi condena.

Si me quisieras, tus ojos fueran

mi inspiración,

y con locura, te entregaría

mi corazón;

por eso, te quiero morena mía,
y pienso,
que que vas a ser siempre mía."

Conque lo fuera una vez, me daría por satisfecho. Su perfil era perfecto. De frente, cara redonda, nariz respingadilla, sus ojos refulgían con extraña luz verde dándole aspecto de felina. Vestía una blusa blanca muy ceñida en la cintura que hacía resaltar un par de senos rotundos, apetitosos y una falda negra de vuelo amplio. Lo de abajo no lo podía ver, ya sería después, para delinear aquel cuerpo moreno que no llegaba a prieto.

-La cajera parece una pantera -comenté a "Ocár".

-O una gata.

-Persa -completé.

-O de angora. Por eso le dicen "La misha".

-¿Misha?

-Aquí a los gatos les dicen "mishos", luego ella es una "misha".

-Muchachos -ordené al trío- acérquense a la cajera y denle una serenata aquí mismo. Por mi cuenta. Todas las que ella pida.

-¿ Y si no pide ninguna?

-Entonces le cantarán todas las del mismo autor de "Morena".

-¿Serenata? Si no es de noche, ni de madrugada -observó mi escuálido amigo.

-En este sótano siempre es de noche, "Ocár", por eso nada tiene de raro una serenata.

"Ocár" aprobó con una "Salucita de la buena, Chucho" y vació en su gáznate su tercera presidencuba casi llena.

A partir de ese momento no quité los ojos de encima de la cajera y el mesero que nos atendía informó a "Ocár" que se llamaba Violeta.

Violeta me sonreía cada vez que nuestras miradas se encontraban. Violeta salió un par de veces de atrás de la caja y admiré su cuerpo. Debajo de las tetas grandes y enhiestas había una increíble cintura, por su estrechez, buen culo, aunque sus pantorrillas eran un poco delgadas, para

mi gusto. Era de los mejores ejemplares vistos en mi breve estancia en Villahermosa, no pasaría de los 21 años.

Yo iba apuntando en una servilleta de papel los nombres de las canciones de Paco Solís que le cantaban a la bellísima "Misha": "Romance en serenata", "Cruel pensamiento", "Por qué esperar", "Un minuto en mi vivir", "Dios te hizo para mí", "Tabasqueña", "Confesión", "Novia", "Las mujeres al cielo" y "Como tu sombra".

-Excelente compositor -confesé asombrado, pues sus canciones eran en verdad de gran inspiración.

-Le faltó promoción. Pudo haber sido otro Alvaro Carrillo, hasta se parecía físicamente a él, pero nunca salió de aquí. Nadie lo descubrió - manifestó "Ocár" doctoralmente.

-Qué lástima -me condolí, y luego cambié de tema -me contabas el otro día acerca de los dos hombres más ricos del sureste. ¿Son amigos tuyos?

-Lo fueron. Pero desde que son financieros y empresarios de primera línea se han olvidado de mí.

-Nadie debe olvidarse de los amigos.

-Estos no tienen amigos, sólo intereses.

-Quiero ver a Jamal, para venderle computadoras.

-Ya te dije. Es inaccesible. Casi siempre anda de viaje, comprando ranchos, empaadoras de camarón, empresas gringas, bancos, en fin, es el Creso del sureste. No recibe a vendedores. Dicen que es socio, entre otros, de Federico de la Madrid, hijo del ex presidente. Por aquí se le ha visto.

- ¿Y a David Gurabo?

-Puede ser que sí. Tendrías que pedirle cita en la Torre Maridaje.

-¿Dónde está?

-Es el edificio más alto de la ciudad. Cualquier ruletero te lleva.

"Ocár" no aguantaba mucho. A las tres cuartas partes de esa inmundicia ya estaba "hasta las manitas". Pagué al trío y me acerqué a la caja para pedir cambio para el ruletero. La

"Misha" tenía una voz muy agradable, bien modulada. Ya de cerca era mucho más bonita que de lejos.

-Gracias por las canciones -dijo, mientras me daba el dinero suelto.

-Un modesto homenaje a la belleza tabasqueña.

-Es usted muy amable, señor.

-¿A qué hora sales? Me gustaría invitarte a cenar, en otra parte, donde tú elijas, yo no conozco esta ciudad.

-Ni siquiera sé como te llamas.

-Chucho Malverde -me apresuré a corregir la imperdonable omisión, y le di mi tarjeta de visita -estoy hospedado en el Manzur.

Violeta leyó cuidadosamente la tarjeta:

-Viajero -dijo, con un retintín desdeñoso.

-Propietario de la empresa que representa -corregí de nuevo. -Ventas en grande.

Violeta rió, y allá por el segundo molar inferior del lado derecho, descubrí una refulgente corona dental de oro:

-Venga por mí aquí, a las ocho de la noche de mañana, en la puerta de la calle.

-Estaré sin falta -prometí.

Todo el día siguiente estuve en el museo "Carlos Pellicer" y por la tarde me metí al cine a disfrutar del aire acondicionado. Volví a alquilar un coche, el mejor que hallé, y pasé por la sensacional morena a las ocho en punto.

Violeta salió vestida con un atuendo que no difería mucho del que portaba el día anterior, modesto. No fue la excepción en materia de puntualidad tabasqueña. Salió a las ocho y media aduciendo que el corte de caja había sido laborioso. Eligió el restaurant del hotel "Viva" que ya conocía. No quiso beber más allá de dos jaiboles, pero algo le soltaron la lengua. Ni su lenguaje ni sus maneras delataban a la mujer ignorante.

-¿Estudias alguna carrera? -inquirí.

-Estudiaba. El año pasado tuve que abandonarla, había llegado al sexto semestre de leyes, pero las cosas se pusieron mal en mi casa.

Fingí gran interés:

-¿Tan mal como para abandonar los estudios ya avanzados?

-Tú no sabes -dijo tutéandome ya- en Tabasco hay mucha pobreza. Todo mundo cree que , como dice la canción, Tabasco es un edén, lo es tal vez, pero tan sólo para unos cuantos. La riqueza está concentrada en manos de unos pocos. Grandes ganaderos, grandes comerciantes, funcionarios altos de Pémex y párale de contar. Mi papá, maestro de escuela, juntó sus ahorros y compró una casita en la colonia Tamulté, con un crédito del Banco Maridaje.

-¿El de Jamal?

-Sí, el de Jamal Cebiche y de David Gurabo. Los dos más ricos de por acá. Pero con la crisis financiera del 94, las mensualidades se fueron por las nubes y mis hermanos y yo, que estudiábamos, hubimos de trabajar so pena de perder la casita embargada. Pensé que si trabajábamos podríamos salir adelante, pero esto no tiene fin, el banco no tiene llenadera. Estamos en un círculo vicioso. El banco nos redocumentó la deuda pero nos la aumentó al triple, y yo, que creí que podríamos salir adelante en un par de años, ahora veo que tengo que trabajar por lo menos diez años o perdemos la casa. Me cambié a la nocturna y sigo estudiando, pero no es igual, no veo para cuando he de recibirme y poder trabajar de abogada. Quiero ser abogada, ahora más que nunca, para poder pelearle al banco, porque el banco tiene comprados a todos los bufetes de Villahermosa y no hay modo de ganarles un pleito a esos dos usureros.

-La usura, como sabes, se ha globalizado.

-Siempre ha estado globalizada -apuntó la ojiverde- lo que pasa es que ahora está unificada en grandes corporaciones mundiales. El mundo se está polarizando en dos grandes clase sociales. Los muy ricos y los muy pobres. Con la diferencia que los muy ricos son pocos y los muy pobres, muchos. Tú, que vendes computadoras, debes saberlo.

-Así es -admití- yo no vendo computadoras a los pobres.- y luego añadí como por casualidad -los ricos no tienen corazón. Ese David Gurabo debe ser un tipo sin escrúpulos. Háblame un poco más de él, tengo que verlo para venderle computadoras.

-Con las computadoras que tú le venderás nos atornillará sin escape alguno.

- O se las vendo yo, o se las vende otro. De todos modos las comprará, no puede prescindir de ellas.

-Quien sabe si te reciba él. Está muy enfermo. Problemas cardiovasculares. Ya lo han operado en Houston dos veces, trae un marcapaso. Es insaciable. Y es implacable, aun con sus parientes. Nosotros somos medio parientes suyos, y no nos oye. Es un tipo que debe muchas vidas; a quien le estorbó su carrera política, lo quitó de enmedio, sin conmiseraciones. Desde que tiene el banco ha dejado a muchos ganaderos en la calle. Es el ganadero más importante del estado. A Jamal le ha dejado la cuestión agrícola, controla el plátano y el banco. Entre los dos lo controlan todo. Vidas, casas, haciendas.

Entonces lancé mi primer as:

-¿Te gustaría saldar tu deuda pronto?

Violeta, que cortaba su pollo, interrumpió la operación:

-¿Qué tan pronto?

-Digamos, en una semana.

Violeta dejó de comer, muy interesada:

-No sabes ni cuanto debo.

-Lo que sea. En una semana.

Violeta cambió de expresión. Se puso tensa, visiblemente iracunda.

-¿Es que me has visto la cara de cretina? Llévame a donde me recogiste, o me voy sola.

Esperaba la reacción. Tenía la respuesta preparada:

-La liberación de tu hipoteca a cambio de algunos informes acerca de David Gurabo y tal vez tu apoyo para que yo lo pueda entrevistar.

Violeta, quien ya iniciaba un movimiento de salida, volvió a sentarse, pero sin cambiar su expresión de desconfianza.

-Debemos, la deuda consolidada, a pagar en diez años, seiscientos mil pesos. mensualidades impagables. Tres veces lo que vale la casa, doscientos metros cuadrados, cientoveinte de construcción, acabados de segunda. Agio, usura. Estamos embargados.

-Necesito informes tuyos. Necesito tu auxilio. Voy a pagarte esa cantidad por tus servicios confidenciales. No necesito otra cosa de ti.

Sus ojos verdes dejaron de emitir rayos y centellas:

-¿Cómo sé que cumplirás?

Si algo conozco es el valor carismático del dinero. No dije nada, saqué un fajo de billetes de cien dólares, conté el equivalente de 300 mil pesos y se los puse en la mano:

-Puedes verificar si son buenos mañana a las nueve en cualquier banco. Mañana avisarás que no irás a trabajar, pon un pretexto creíble. Y ahora cenemos tranquilamente. Hasta que no hayas depositado el dinero no te diré de que se trata.

La chica cenó de buen talante y al terminar la fui a dejar a su casita de la colonia Tamulté. A la luz de la luna vi la construcción. Ella se había quedado corta. Tal como estaba, la pinche casa no valía ni cien mil pesos.

4. DEL PLATO A LA BOCA...

No volvimos a exhibirnos juntos en un lugar público. La chica era inteligente y al haber aceptado admitió la posibilidad de que algo podrido hubiese en Dinamarca, pero la suma ya entregada y la otra por cobrar representaba un cambio de porvenir para ella y su familia. Aceptó todos los riesgos.

-¿Que hay que hacer? -preguntó cuando nos vimos a las doce del día en el café "La caña brava" del gran centro comercial "Tabasco 2000", fingiendo que mirábamos algunas ropas.

Fui conciso y le entregué un minicelular de una sola vía:

-Necesito ver a tu pariente. A solas. Averigua su rutina diaria. Cada vez que me informes hazlo por este teléfono y jamás digas su nombre. Tan sólo "mi pariente". Por este aparatito sólo tú y yo podemos hablar. Si lo dejas abierto funciona como "chicharra" es decir, un farito de localización que aumenta el sonido de un "bip" conforme uno se acerca a él.

-¿Y para qué el bip bip?

-Ya viene así de fábrica. Quiero tres informes diarios. Mañana, tarde y noche. Es imprescindible que tu pariente no se de cuenta de que lo vigilas. Es absolutamente imprescindible. ¿Entendido?

-Entendido. ¿Algo más?

-Por lo pronto, es todo.

Al acercarse una dependienta, me separé de ella sin despedirme, sin voltear a verla siquiera.

Violeta resultó un apoyo eficiente. En 24 horas, por la noche, me dijo telefónicamente:

-Tengo todo lo que necesitas de mi pariente. ¿Quieres el informe en este momento?

Vi el reloj. Eran las diez de la noche. A esa hora el malecón ribereño estaba desierto. La cité ahí al término de la distancia. Le dije que llevara pantalones y chamarra oscuros.

Me reuní con ella y comenzamos a pasear a lo largo del malecón. El río llevaba poca agua y por donde fuimos ni siquiera embarcaciones había atracadas.

En la noche, en la oscuridad, sus ojos verdes despedían fosforescencias como de felino. Era una hermosa gata de pelo negrísimo. En voz muy baja, informó:

-Todos los días hace una pequeña caminata en la ciudad deportiva.

-¿En la cancha?

-No. A un lado. En un sendero de gravilla.

-¿Qué, en su casa no tiene donde caminar?

-Tiene. Ignoro por qué va a caminar a la deportiva. Pero va.

-¿Quién lo acompaña?

-Su esposa. Una vieja bruja.

-¿Tiene amantes?

-Tiene. Dos o tres. Jóvenes jodidas, como yo. Pero las ve en sus casas, esto es, en las casas que les ha puesto.

-Tal vez sería mejor hablarle en una de esas casas.

-No tiene ruta fija para ello. Las visita cuando menos se lo esperan -detalló la "Misha".

-Sabes mucho de sus costumbres sexuales.

-Una prima es una de ellas.

-Descartada. Creo que es mejor que le hable durante la caminata. ¿A qué hora comienza y a cuál termina?

-Mas o menos a las diez. Camina media hora. Su mujer maneja el coche.

-Un hombre tan rico como dices que es, no debería exponerse a un secuestro tan imprudentemente.

-Siempre va armado. Tiene confianza en su destreza para el tiro.

Estábamos ya cerca del hotel. La detuve. Le di instrucciones:

-Mañana, a las nueve treinta, nos veremos en la deportiva. Lleva pants, entre más viejos, mejor. Yo también iré vestido así. Lleva lentes oscuros. No quiero retrasos. No olvides tu minicelular.

La "Misha" comenzó a dudar. Temblándole la voz , preguntó, balbuciente:

-¿Vas a....matarlo?

Tenía su cara muy cerca de la mía. Sus labios sensuales le temblaban. Sus ojos estaban apagados. La reanimé con un beso ligero al tiempo que le afirmé:

-De ningún modo. Tengo que tratar con él un asunto de negocios, ya te lo dije. ¿Estás arrepentida?

Ella tragó saliva y me devolvió el beso, tan rápido como el mío.

-Asustada, no lo puedo remediar.

Casi a la puerta del hotel nos separamos. Ella abordó un taxi y yo entré. Antes de dormirme cronometré mis planes para sacarle la sopa a David Gurabo.

Desde las siete de la mañana fui a estudiar el escenario en el coche alquilado. Descubrí en la carretera a Reforma, a la altura del puente "Cabeza de Loro" un par de fincas descuidadas. Abrí el candado de la puerta de la cerca de una de ellas. Había una choza destartada que servía de bodega de triques inservibles. Ideal para mis propósitos. A las ocho regresé al hotel y desayuné rápidamente un par de tamales tabasqueños, cubiertos con una salsa picante y una buena dosis de queso local, muy sabroso. A las nueve salí del hotel vestido con pants y una maleta deportiva. Caminé por Pino Suárez, a esa hora ya llena de gente y abordé un taxi. Le pedí al chofer me llevara a la deportiva. Cuando estuvimos a pocos metros le puse mi apantallante Luger en las costillas y le ordené parar y callar. Le ordené ir a un recodo apartado. Lo bajé, siempre apuntándole y le ordené meterse en la cajuela trasera. Le apliqué una inyección con anestésico. No había peligro de que se asfixiara por falta de aire, porque la corrosión hace maravillas en la ventilación natural de los taxis tabasqueños. Dejé ahí el taxi y me acerqué a la deportiva. Eran las 9:30, Violeta corría por la pista de atletismo, despacio, con el pelo recogido debajo de un turbante, con lentes negros. No tuve necesidad de hacerle señas, al verme, abandonó la pista. Desde ese momento, ya no

había necesidad de pasar inadvertidos. Nos sentamos en el césped, para llamar menos la atención:

-Cuando llegue Gurabo, todo lo que tienes que hacer es señalármelo. Yo iré a platicar con él, antes de que comience a caminar, antes que se despegue de su coche.

Nerviosa, arrancó un puñado de pasto. Todavía dudaba:

-Pero no vas a matarlo, ¿verdad?

Volví a tranquilizarla, acariciándole el cuello con mucha suavidad:

-Ya te dije que no. Tienes mi palabra.

A las 9:35 llegó el coche. Un Mercedes Benz grande, gris plateado, de esos que cuestan 200 mil dólares. Antes de que bajaran, yo ya iba rumbo a ellos, haciendo ejercicios de brazos, aspirando profundamente el aire fresco. A esa hora, los moscos no comenzaban su rutinario ataque contra mi epidermis. A la "Misha" le di una media oscura, para que se cubriera la cara y le dije estuviera atenta.

-No quiero que identifiquen tus ojos verdes.

-En Villahermosa hay muchas con ojos verdes -replicó.

No desaproveché la ocasión de una galantería:

-Las he visto. Pero ningunos como los tuyos. Son inolvidables.

Me hallaba a unos doscientos metros de la pareja. Ellos también vestían pants, de color verde. La señora lo ayudó a bajar. El comenzó a caminar, rítmicamente. Antes de iniciar mi carrera fingiendo ser un deportista mañanero, se acercó al Mercedes rápidamente una suburban negra y frenó junto al coche. De ella bajaron tres tipos encapuchados y armados con cuerno de chivo y otro quedó al volante, el motor encendido. Comprendí que nos madrugaban, que iban a secuestrar a la pareja, del plato a la boca se me caía la sopa. Le ordené a la "Misha" que fingiera correr en esa dirección y, de ser posible, se dejara secuestrar junto con ellos. La vieja había vuelto a subir al coche.

-¿ Y si me matan para eliminar testigos? -dijo, aterrada.

-No te matarán. Serás una molestia que tendrán que tolerar -dije tratando de convencerla y le di un brusco empujón para que comenzara a correr.

La "Misha" corrió hacia ellos, fingiendo no darse cuenta del secuestro. Ellos bajaron a la vieja del Mercedes, cuando se disponía a utilizar el celular que ahí tenía. No podía oír lo que decían, pero subieron a la pareja a la suburban, a empellones. En eso se dieron cuenta de que una intrusa estaba acercándose a ellos, absorta en su carrera. Se consultaron entre sí y el que parecía jefe esperó a que se acercara más. "La Misha" fingió darse cuenta de que algo malo sucedía pero hasta estar junto a la suburban. El jefe la tomó violentamente de un brazo y también la plagió. Yo estaba echado en el suelo, viéndolo todo con un par de gemelos. Todo ocurrió muy rápido, Gurabo no tuvo tiempo de sacar su pistola. Dejaron el Mercedes con las llaves puestas.

La suburban se fue con sus prisioneros y cuando la perdí de vista corrí al taxi y abrí mi minicelular. Saqué mi maleta y me llevé el Mercedes.

También puse mi localizador, sintonizado con el minicelular de Violeta, aparato que me serviría para saber la dirección que tomaban, pudiendo mantener una distancia de hasta un

kilómetro. Tomaron el periférico y luego la carretera a Teapa; después de una media hora de avanzar por ella dieron vuelta a la izquierda por una brecha. Otra media hora y el localizador señaló que se habían detenido. Yo también lo hice. Me separaba de ellos más o menos un kilómetro de camino bordeado de altos yerbazales. Si mi experiencia en secuestros me era fiel, ellos debían de dejar al trío custodiado por uno o dos hombres a lo sumo, y los otros dos regresarían a negociar el rescate. Metí el Mercedes por otra brecha más angosta hasta dejarlo bien oculto. Esperé a que la suburban regresara para recoger el rescate. Esto me daba la ventaja de la sorpresa. Por el minicelular de Violeta me enteré en fragmentos de conversación entre ellos y el secuestrado, que le pedían dos modestos millones de dólares por su vida.

Por supuesto, el secuestrado negó posar semejante cantidad. Los secuestradores le refrescaron la memoria, al parecer estaban bien enterados de sus finanzas, e insistieron. Amenazaron con torturarlo hasta matarlo.

Podía optar por dos tácticas. La primera, liberar a los secuestrados y ahí mismo sacarle la sopa a David Gurabo. La segunda, esperar a que los secuestradores obtuvieran el rescate, despojarlos de él y ahí mismo sacarle la sopa al multimillonario. La segunda era la más atractiva, indudablemente.

David Gurabo negoció y el asunto quedó en un millón de dólares. La vieja iría por el dinero, en compañía de dos de ellos. Eran apenas las doce del día, la vieja se comprometió a reunir la cantidad antes de las seis de la tarde. De no regresar a esa hora, o de meterlos en una trampa, el secuestrado moriría torturado. Estarían en contacto por medio del celular de la pareja.

La suburban pasó con la vieja y dos tipos enmascarados a la manera del sub Marcos. Tenía seis horas por delante para deshacerme de los dos que quedaron custodiando a los secuestrados; liberarla a ella y hacer escupir la sopa a él. Comencé a caminar entre la maleza, llevando mi maleta con mis herramientas de trabajo. ¡Entonces supe lo que era una tierra de moscos! Aguanté estóicamente el ataque y fui buscando el punto por donde sorprenderlos. La tierra era un fangal. A los cuantos metros mis zapatos se negaban a desprenderse de ese pegajoso lodo rojo.

El lugar no se diferenciaba mucho de las cabañas que ya conocía y que no necesité usar. Paredes de varas, techo de guano en medio de un claro entre el yerbazal. De pronto, el minicelular de la "Misha" dejó de emitir. Algo estaba pasando ahí dentro que podría poner en alerta a los dos tipos. Apagué también el mío. Si el minicelular estaba en poder de los tipos podrían oír hasta mi respiración. No podía saberlo. Rodee la casucha, compuesta de una sola pieza, hasta ponerme detrás de un frondoso aguacate. Uno de ellos, enmascarado también, salió al exterior, pude oír el ruido que hizo la desvencijada puerta. Sólo se oía el croar de los sapos y el intermitente ruido de las cigarras. El tipo le dio la vuelta entera a la casa, cuerno de chivo en mano, oteando, vigilando, y luego volvió y cerró. Un grito de la "Misha" me indicó que se disponían a violarla. Vi mi reloj, la desnudarían arrancándole la ropa de dos a tres minutos. Uno o dos más de forcejeo antes de que el primero la violara. Si esperaba cinco minutos podía sorprenderlos entretenidos en la deliciosa tarea de la violación.

Armé mi cuerno de chivo y le puse silenciador y mira láser mientras los gritos de la "Misha" interrumpían a los sapos y las cigarras. Busqué entre las varas de las paredes un hueco apropiado, que no tardé en encontrar, porque abundaban. Apunté a uno de los enmascarados que se hallaba de pie, con la vista fija en el suelo, lujurioso, y le dejé ir un solo disparo al corazón. El hombre se derrumbó silenciosamente. El otro estaba en lo suyo, sobre el cuerpo desnudo de la chica, que ya no gritaba ni se debatía porque con certeza la había noqueado. No se dio cuenta de la caída de su compañero, se hallaba en camisa, sin pantalones. Apunté cuidadosamente a la parte más visible de su cuerpo, aquella que no ofreciera peligro de herir por una falla a la chica: sus nalgas, que subían y bajaban frenéticamente. El plomazo le rompió la cadera. El tipo trató de ponerse en pie, pero se derrumbó. Bien a bien no sabía lo que había pasado. Buscó con la vista a su compañero y lo vio tendido de bruces, inmóvil. Entonces comprendió de que se trataba, pero cuando hizo por alcanzar su arma, que estaba a unos dos metros, el dolor lo paralizó. No debía de matarlo, así que entré en la cabaña y le puse el cañon de mi arma en medio de sus ojos. No se movió. Le até las manos atrás. En un rincón, el milloneta, sentado en el suelo y atado, veía la escena, con una tranquilidad pasmosa para un cardíaco.

Las piernas de la "Misha", cerca de su negrísimo y abundante vello púbico, estaban manchadas de sangre. La verga de su violador, también. Me ocupé de ella. Alrededor de su ojo izquierdo se iba formando un lindo hematoma del color de su nombre. Sus senos, sus duros senos morenos lucían una salvaje mordida cerca de su renegrido pezón derecho. La boca le sangraba un poco. Comencé a frotarle los cachetes, a hablarle suavemente, y a los dos o tres minutos despertó.

Al abrir los ojos no comprendió bien a bien lo sucedido, hasta pasados unos segundos. Se miró el cuerpo, se tocó la boca y el ojo lastimado, tomó conciencia de su desnudez y miró en busca de su ropa. No estaba lejos, pero estaba destrozada. Se la puse en las manos. Sin levantarse se colocó el brasier, pero no se le atoraba, los tirantes habían sido rotos. La pantaleta igual, pero manchada de sangre. Se puso los pantalones y vio la camisa de su violador. Se la puso. Todo ello sin decir palabra. Luego miró los dos cuerpos. Su violador se quejaba fuertemente. Salió fuera de la cabaña y se sentó a un lado, en el suelo, la cabeza metida entre los brazos. Me encucillé junto a ella y le dije suavemente:

-Lamento que hayas perdido tu virginidad de esta manera.

Esperaba un sollozo y escuché una risita por lo bajo:

-No es sangre de vírgen lo que has visto, sino de menstruación.

Le até las manos y pies procurando no apretar demasiado y le indiqué:

-Será mejor que no te muevas de aquí. Yo tengo que hacer allá dentro. Ten confianza.

Volví junto al herido y examiné su herida. Sangraba, pero no mucho, ello me consoló pues así podría contestar el celular. Lo senté junto a Gurabo y le ordené, en voz muy baja, poniéndole el aparato en la mano:

-Si quieres salir con vida, aunque cojeando para siempre, cada vez que te llamen tienes que contestar que todo anda bien por aquí. Ya sabes lo que te pasará si no me obedeces.

El herido asintió con la cabeza. Seguía quejándose, aunque trataba de bajarle el volumen a sus lamentos.

Entonces me ocupé de mi hombre.

-No sé quien es usted -dijo con voz apagada pero firme -pero le juro que no olvidaré esto.
No me daré por mal servido.

-Tengo la corazonada de que, en efecto, usted no olvidará jamás esto -repuse, muy conmovido.

-Sáqueme de aquí. ¡Pronto!

Por lo visto el tipo, acostumbrado a mandar, creía estar en sus dominios. Ya se daría cuenta de que estaba en los míos:

-Antes de eso, contésteme unas cuantas preguntas. Se trata de una charla amistosa, aunque un poquitín fuera de lugar, por las circunstancias.

-¿Qué espera para desatarme?

Insistí, melosamente:

-Charlar un poco con usted.

-Después platicaremos todo lo que quiera. Vámonos, pero antes quiero matar a este imbécil que me puso las manos encima.

-Es usted poco galante. Creí que deseaba matarlo por violar a su amiguita.

-¡A esa ni la conozco! ¡Vámonos! ¿Qué espera?

-A que me proporcione unos datos que necesito. Me contesta a las preguntas y nos largamos, hasta le permitiría que mate a éste.

Acerqué mi cara a la suya y le dije en el tono más amistoso que pude emplear:

-Necesito algunos detalles sobre el Giorgone auténtico.

Una luz de comprensión brilló instantáneamente en aquellos ojos crueles, que sabían de despojos y asesinatos. Pero negó:

-No sé de que me habla.

Cambié el tono de voz a uno imperativo y lo tuteé:

-Sí sabes. Y lo sabes muy bien. Está en poder de un amigo nuestro, el señor Carrillo, de Ciudad Juárez. Pero no lo quiere para él. Quiero el nombre del destinatario final.

-Ya le dije. No sé de que me habla.

-Podemos hablar en confianza -alenté al sujeto con la sonrisa más invitadora de mi repertorio. Pero el hombre era de agallas. No se doblegó, así que busqué en mi maleta y saqué unas cuerdas. Lo até a un morillo, para inmovilizarlo. Le desabroché la camisola. Traje mi aparato de dar toques, como los que usa la policía. Le puse un electrodo de un lado del corazón y el otro en el lado opuesto.

-Normalmente -expliqué en tono pedagógico- estos aparatos se colocan en el escroto o en el ano. Este es de pilas. Se va dando vuelta a un botoncito y la corriente aumenta y aumenta. El dolor se vuelve insoportable. Casi todos cantan. Sueltan la sopa. Tú también vas a sentir dolor, pero por poco tiempo, porque tu marcapaso se va a salir de control y te espera un bonito infarto del cual difícilmente te recuperarás. No eres un viejo decrepito al cual no importe morir. Ni la causa es tan importante como para guardar el secreto. Todavía te quedan muchos pobres tabasqueños para hundir en la miseria, algunas niñas bonitas que se te ofrecerán para que les perdones parte de sus deudas y hay muchos ricos a cuyas fincas les tienes echado el ojo. La vida aun vale la pena vivirse. ¿Pongo o no pongo en marcha el aparatito? Si piensas que estoy faroleando, dime y abro la corriente. Que sientas el primer toquecito, pero cuidado con el marcapaso, son aparatos delicadísimos, al menor descuido se descontrolan.

La cara del tipo seguía impasible. Era un duro nato. Acostumbrado a mandar, hasta el último momento. Su boca, una línea de pura crueldad, pronunció, un tanto agitada:

--Quítame esa porquería y te diré todo lo que quieras.

No permitiría que olvidara quien mandaba en ese momento, así que denegué:

-No te la quitaré hasta que termines de decirme todo lo que yo quiera. Por si haz olvidado la pregunta, repetiré:

-¿Para quién es el Giorgione?

-Para monseñor Chicolano Pillone, el confesor de Carrillo.

-¿Cómo lo sabes?

Pillone se lo pidió a marcos, cuando supo que lo había comprado.

-Marcos Jamal no quiso regalárselo -supuse.

-Luego me lo pidió a mí.

-También te negaste -concluí.

-Claro, es muchísimo dinero.

-¿Tienes idea de cómo van a entregárselo?

-Supongo que en Mérida, como parte de su homenajke por el cuarentavo aniversario de su ordenación.

Concordaban los hechos. Recuperó su voz de mando:

-Ya sabes lo que querías. Ahora suéltame. Lo prometiste.

-Y cumpliré. Pero no en este momento. Hasta que vuelvan los otros dos con tu vieja y con la lana.

Por la cara de Gurabo pasó una sombra de dolor. Dolor no físico, dolor por los preciosos billetes que se le iban.

Entonces salí por la "Misha". Le dije, en un susurro, que la iba a llevar junto a ellos, para que no la relacionaran conmigo. Y le aconsejé que sollozara sin parar por su virginidad "perdida".

A las dos de la tarde sonó el celular de los secuestradores. Le repetí al herido que tuviera mucho cuidado con lo que contestara. Debería de afirmar que ahí todo marchaba sobre ruedas, o le volaba la tapa de la sesera.

La conversación fue breve. Ellos avisaron que tal vez sí podrían estar en la choza al filo de las seis de la tarde, con el dinero. Por allá todo iba a pedir de boca con la vieja.

Al cerrar la comunicación, Gurabo dijo tener ganas de ir al baño. Lo desaté y lo llevé a que miara. Luego lo regresé y volví a atarlo, procurando estuviera cómodo.

Enseguida la "Misha" también dijo tener ganas de hacer lo mismo. La desaté y la llevé afuera, pero más lejos, para que nadie escuchara lo que tenía que decirle. Los hematomas le desfiguraban su bello rostro, pero ya pasaría eso.

Mientras oía caer el chorrillo de sus orines le di más instrucciones:

-Es necesario que por tu bien, ni uno ni los otros sospechen que tú y yo andamos juntos en esto. Por eso voy a tratarte con rudeza cuando regresemos. No te haré daño, pero simularás que sí. Voy a disparar un tiro al aire y luego te regresaré a empujones. En caso de que no salgas de aquí conmigo, no te preocupes por tu dinero, se lo llevaré a tu gente. En caso de que no nos volvamos a ver, te sugiero no gastes tu dinero inmediatamente, deja que el pinche banco te embargue tu casita y que se pierda; haz que tu mamá compre otra en una colonia opuesta a donde vives ahora, pero a particular y al contado y sin la intermediación de banco alguno. Pase lo que pase ten confianza. ¿Alguna vez te han dado por detrás?

-Por ahí aun soy vírgen.

-No pongas resistencia, para no lastimarte. Pero grita como si te metieran un leño ardiente. Este numerito es necesario para disipar cualquier suspicacia. Confía en mí.

-Te creo -fue lo único que dijo antes de levantarse. Ya no dijo más, porque miró como sacaba mi Luger y disparaba al aire. Luego la agarré del pelo y la jalé hacia la choza.

-Esta cabrona -dije en voz alta a Gurabo y al herido -intentó huir y por poco la mato. Tuvo suerte en caer antes de que le disparara por segunda vez. -Entonces sin soltarla del pelo, con las manos atadas a la espalda, le levanté la cara y le espeté:

-Necesitas una buena lección, hija de la chingada -y comencé a desnudarla. Para no desamarrarla rompí la camisola que se había puesto y le bajé los pantalones, frente a ellos. En seguida la hice hincarse y luego presioné su cabeza hasta que tocara el suelo. Quedó con el trasero en alto. La vista de aquella hermosa grupa de potra morena provocó mi erección rápida. Me quité los pantalones y los calzones y empecé a restregarme la verga en sus nalgas, hasta tenerla bien templada. La "Misha" gemía y pedía compasión:

-Estoy muy lastimada, no haga eso, por favor, por su mamacita chula.

-No, si no creas que te la voy a meter por donde ya anduvo ese pendejo, nada de eso. No me gusta el mole de segunda mesa. Mas te vale que aflojes el culo si no quieres que te mucho.

Sentí como un millón de moscos se me tiraban en picada sobre mi piel desnuda. Nalgas, piernas, tobillos, verga, güevos, fueron pasto de ellos. Primero intenté sacudírmelos. No los veía,

eran minúsculos, de la variedad chaquiste, muy feroces, de los que hacen roncha inmediatamente. Desistí. Aguanté, con la heroicidad de un espartano, su artero ataque. Me concentré en lo principal. La "Misha" trató de evadir la primera embestida y entonces le di una fuerte nalgada aparatosa.

-¡Quieta mula ciega, quieta! -grité.

Se aquietó.

Separé aquellas nalgas duras, en perfecta forma de corazón y entreví la delicia de su ano, circundado por una coronita de pequeños vellos negros. Aquel remolino oscuro era fascinante. Pero necesitaba un lubricante, porque no era el caso de lastimarla, la chica me gustaba y le tenía aprecio. Así que me agaché y comencé a lamerle su culito. Luego deposité en el bello cuenco un buen buche de saliva y entonces comencé a dejárselo ir con mucho cuidado, con deliciosa lentitud. Claramente sentí como había traspasado su esfínter. La "Misha" gritaba fingiendo un gran dolor -que yo sabía, era apenas una leve molestia-y yo imprecaba, maldiciéndola:

-¡Puta, cabrona! ¡No te muevas hasta que te diga!

Cuando lo tuvo todo adentro comencé un ligero movimiento de rotación, pese al escozor causado por el maldito chaquiste, que ya llegaba a punto intolerable.

-¡Me está matando! -gritaba ella.

-¡Pero de placer, putísima! -respondía yo.

Al sentir que pronto me vendría comencé a extraerlo de su recto con más lentitud, sin abandonar el movimiento de rotación, y cuando tuve el glande de nuevo en su esfínter, comencé a espolearla con la punta de mis dedos, en sus costillas, para provocarle contracciones anales. Luego, le pesqué el clítoris y se lo retorcí. El efecto fue electrizante, sublime, así es como hay que efectuar una buena cogida anal, los espasmos de su esfínter me provocaron un orgasmo inenarrable y, cuando iba a la mitad de la venida entonces se lo sepulté todo de un solo envión. Sabía que ella estaba gozando esa cogida con la misma intensidad que yo. Y que sus sollozos, reales, eran de placer y de dolor al mismo tiempo. Algo que siempre recordaría. Como yo, quien además jamás olvidaría aquella picotiza inclemente.

Con toda parsimonia se lo saqué y me limpié. Dejé que se tendiera en el suelo, presa de suaves espasmos de amor.

Al rato se sentó. Le permití vestirse con la ropa hecha jirones, la ató de los tobillos y la puse junto a Gurabo.

A las cuatro volvió a sonar el celular del encapuchado. Con la pistola en la sien contestó de nuevo que no había novedad. Del otro lado le dijeron que todo había salido bien, aunque la suma no era la exigida, pero que se le acercaba. Ya venían, raudos.

Les preparé la bienvenida. Puse a la "Misha" y al milloneta en línea recta de la desvencijada puerta, para que su presencia les infundiera confianza. Al encapuchado muerto y al herido los arrastré fuera de ese radio visual. Yo me coloqué detrás de la puerta, con mi cuerno de chivo listo. Cuarenta y cinco minutos después de la llamada, oí el apagado ruido de la suburban. El no ver a ninguno de sus cómplices esperándolos afuera de la choza les infundió cierta desconfianza, razón por la cual sólo entró uno, y el otro quedó afuera, junto a la vieja. Al ver a los prisioneros atados disminuyó su cautela y dio dos pasos más adentro. Le puse el cañón en la nuca, en voz baja pero con un tono muy ominoso, le ordené que hiciera pasar a su compañero.

-Tráe a la señora -gritó.

El cuarto encapuchado empujó a la vieja por delante y a su vez la siguió. Ambos quedaron cubiertos por mi cuerno de chivo.

-Tiren sus armas o los quiebro -ordené perentoriamente.

Las arrojaron al suelo. La vieja corrió hacia su marido, preguntándole si estaba bien. Aquel le aseguró que sí. Le ordené a ella que desatara a su consorte. Le ordené a él, que con esas cuerdas amarrara las manos de los dos encapuchados, quienes ya habituados a la penumbra de la choza, distinguieron los cuerpos de sus dos compañeros. Con mucho gusto David Gurabo ató sólidamente a los dos tipos. Luego desamarró a la "Misha". Entonces inquirí por el dinero:

-Está en la suburban - respondió el encapuchado más alto de los dos. Ordené a los cuatro que fueran por delante y salieran. Las llaves estaban en el encendido, David las quitó y abrió la puerta trasera izquierda.cajuela. Ahí habían dos sacos negros, de lona. Les eché una ojeada, era

moneda nacional, y luego, yo mismo cerré esa puerta y me quedé con las llaves. Les ordené que entraran a la choza. Ahí los paré contra la pared y dándome las espaldas. Recogí sus armas y sus celulares y busqué el minicelular de la "Misha" que hallé detrás de un roto comal de barro. Me despedí de esos muchachos que tan buena faena habían hecho en mi provecho. En ningún momento les quité las capuchas, pues llevarlas puestas era el seguro de vida de la "Misha". Me acerqué a uno de ellos y con sigilo corté sus ligaduras con una navaja. No se movió. Me despedí en voz alta:

-Ya me voy. Si a alguno se le ocurre salir antes de que se extinga el ruido del motor, lo dejaré como coladera. Ya vieron que no estoy jugando. Por supuesto, me llevo el dinero. Todo. Gracias le doy a su ex dueño por juntármelo, gracias a ustedes por traérmelo. Que tengan buenas noches.

Antes de que traspusiera el dintel, la vieja se dio vuelta, colérica avanzó hasta el centro de la choza y me anatemizó:

-¡Te condenarás, maldito! Vas a llevarte los dineros de Dios. Ese dinero no es nuestro, es del Patronato para la reconstrucción de la catedral del Señor de Tabasco, la reparación de las parroquias de La Conchita, de la Santa Cruz y del santuario del Señor de Tila. Durante dos años he trabajado para reunirlo y si te lo llevas, ese dinero estará maldito para ti. Será tu perdición. Irás al infierno. Te pudrirás en vida. Quedarás ciego, cojo y manco. No lo gozarás nunca, renegado asesino, hereje infernal. ¡No te lo lleves!

Se había acercado mucho a mí. Por toda respuesta escupí su rostro ajado, de vieja beata fanática y avarienta y me fui en derechura a la suburban. La vieja me siguió, hilando otro rosario de maldiciones. Quiso impedir que me fuera y la doblé de un culatazo en el estómago. Se prendió del espejo lateral. Arranqué, la arrastré un buen trecho hasta que exhausta, abrió las manos y cayó al suelo. Unos cien metros más adelante paré, y dejé sus armas en medio de la brecha, muy visibles.

Si los acontecimientos futuros seguían según mis cálculos, los secuestradores, ya liberados de sus ataduras, tratarían de reponer su pérdida tratando de hacer de nuevo efectivo el

secuestro. Respetarían la vida de la "Misha" porque no les había visto el rostro a ninguno de los cuatro. Quizá la violaran de nuevo, sería un mal menor. Pero era de dudarse. Tenían mucho trabajo por delante para salir de ahí, conseguir otro vehículo y armar la demanda de dinero. Antes de llegar a la carretera asfaltada saqué el "Mercedes" de entre el montazal y ahí se los dejé, con las llaves en el asiento, luego, ya en la carretera, con los tres sacos, dos del dinero y el de mis herramientas, ya casi oscuro, abandoné la suburban pasando el puente de la Majagua, y esperé un taxi con rumbo a Villahermosa.

5. PASO DEL NORTE

Contaba con toda la noche. Los secuestradores, si decidían reiniciar el pedimento de rescate, no comenzarían sino hasta el otro día. Tenían por delante que atender a su compañero herido y que enterrar al muerto. Aun era tiempo de ir a comprar dos maletas al centro comercial del Tabasco 2000 para meter el dinero. Ninguna agencia de viajes estaba abierta, pero el gerente del hotel hizo maravillas y me consiguió un asiento en el primer vuelo comercial del día siguiente a México. Separé un millón de pesos, bajé y pedí mi coche alquilado. Compré dos maletas resistentes y con buenas chapas. Antes de volver al hotel pasé por casa de la "Misha" y entregué el paquete de billetes envueltos en una caja para regalo. Pregunté por ella, su mamá, una chaparrita muy flaca que no recordaba para nada la exuberante belleza de la hija, me dijo lo que ya sabía: que su hija no había ido al trabajo, que estaba muy preocupada por ella y que no sabía qué hacer. Le sugerí fuese a la policía a denunciar la desaparición. Luego, me despedí prometiéndole estar al tanto de esa extraña ausencia.

Inmediatamente hice conexión a Guadalajara y, a las doce del día fui a un departamento de lujo que tengo sobre la Avenida Vallarta y dejé las dos maletas con parte de lo ganado con Fernando Baeza, y cuatro millones de pesos más que me obsequiaron los secuestradores del potentado tabasqueño. Deposité también en dos bancos distintos de cobertura nacional.

Regresé al aeropuerto llevando sólo lo indispensable en materia de instrumental de trabajo y conseguí conexión con Ciudad Juárez pero hasta bien entrada la noche y en un avión "lechero". En el aeropuerto alquilé un coche.

Me hospedé en el hotel Plaza Juárez y dormí como un bendito, ya cerca del amanecer. Tenía las nalgas tan lastimadas por los moscos, que a duras penas podía sentarme o dormir bocaarriba. Probé a calmar el ardor con un baño caliente, pero fue peor. La comezón era inaguantable, pero finalmente el cansancio me tumbó.

Mi objetivo en Ciudad Juárez no era, obviamente, Amado Carrillo, inencontrable e inabordable, sino uno de sus lugartenientes, el "Profesor", asesor en arte y urbanidad, mejorador de la imagen del temido capo. Conservaba diez números telefónicos desde cuando hice un notable trabajo para esa honesta organización internacional, ya hacía más de un año de eso, y aun cuando eran diez números de emergencia, tal vez uno o dos aun funcionaran. Así que, después de desayunar, me compré una tarjeta telefónica y me fui a la calle a hablar desde un aparato público. Habían transcurrido doce días desde que salí de Culiacán y no era mucho lo avanzado.

Tal como lo suponía, en la mayoría de esos teléfonos o no sabían de qué les hablaba cuando preguntaba por el "Profesor", o simplemente estaban fuera de servicio. Pero en el cuarto y en el séptimo de la lista que agoté, hallé indicios de que lo recordaban. Me ocupé de ellos.

En el cuarto, una contestadora automática me indicó a través de una voz muy amable, que identifiqué como la del "Profesor", que el interfecto no se hallaba por el momento y que dejara el recado.

En el séptimo, una voz femenina, iracunda y vulgar, me hizo saber que el "Profesor" ya no iba por ahí, que era un canalla, que había olvidado pagar las mensualidades del condominio y que estaba a punto de perderlo; un cabrón ingrato, un pendejo que intentaba pasarse de listo y un hijo de la chingada como todos los hombres.

Coincidí con esa bella descripción, me presenté como un ex conocido de tiempo atrás, Mad Max y con sumo interés por localizarlo. Venía yo de Guadalajara, para cobrarle una cuentecilla atrasada. Si me daba datos sobre donde poder localizarlo quizá yo podría poner las

finanzas de esa casa en orden. ¿Podía ir esa misma tarde a su casa? O mejor, ¿aceptaría tan gentil damita comer conmigo?

La gentil damita, cuyo nombre resultó ser Elizabeth, aceptaba la invitación a comer y nos veríamos en el Donaldo's, casa del mejor *prime rib* de la ciudad. Ella iría vestida de azul turquesa, con un bolso dorado, a las 14 horas.

Mientras llegaba la hora de la cita, me dediqué a marcar el cuarto teléfono cada media hora, infructuosamente. Me puse un traje gris, camisa blanca y corbata a rayas doradas y rojas y me fui a la cita.

El Donaldo's era un restaurante nuevo que lucía una gran foto de Colosio rematada con un moño negro. Con certeza el dueño aun lloraba la muerte de su candidato, y con ella, la muerte de sus aspiraciones políticas. Antes de sentarme fui a revisar la cantina para saber si podría ordenar algunos de mis cocteles favoritos. Luego me senté debajo de la foto, viendo hacia la puerta por donde debería de aparecer la dama de azul.

A las 14:15 hizo su aparición una puta enfundada en un vestido azul escotadísimo y portando en la mano derecha un bolso de color dorado, enorme. Traía la "P" de puta impresa indeleblemente entre ceja y ceja y ello hacía facilísimo adivinarle su profesión.

Me levanté para ir a su encuentro luciendo la más obsequiosa de mis sonrisas y lo más esmerado de mis maneras. "A las putas hay que tratarlas como damas, y a las damas como a putas", era uno de mis lemas favoritos para ir bogando con viento favorable en el proceloso mar de las relaciones amorosas.

-Temo profundamente equivocarme, de no ser usted la encantadora Elizabeth. Mad Max, para servirle -dije, a tiempo de coger su mano izquierda y besar levemente su dorso.

Aquella puta se quedó de a seis. Tal saludo-homenaje, tales maneras no las había visto ni en película. Desconcertada, admitió:

-Sí, Elizabeth.

Le indiqué suavemente con una mano, el camino hacia la mesa que ya ocupaba.

-Por aquí, Elizabeth, hágame usted el favor -dije y tomándola de un codo apenas con la punta de los dedos, la llevé hasta la mesa, retiré la silla, esperé de pie a que tomara asiento y luego le arrimé la silla. Un mesero vino y nos puso las servilletas en el regazo.

-¿Qué desean ordenar?

-Un coctel especial para la señorita. 10 ml de maraschino, 40 m de dubonnet, 5 de ron Myers, 15 m de jugo de naranja natural, 1 golpe de angostura y 2 hojas de menta fresca, agitado con 2 cubitos de hielo, cada uno.

-Me temo que no tenemos la menta fresca -confesó profundamente desolado el mesero.

-Ponga entonces dos hojas de yerbabuena, pero sin machacar -aconsejé, aquiescente.

Mientras el mesero iba por el coctel, revisé aquel ejemplar perfecto de puta. De unos treinta años, piel muy blanca, ojos café, el pelo pintado de rojo, las cejas completamente depiladas y retocadas con un pincel bermellón en un trazo excesivamente arqueado, los párpados superiores inundados de profundo carmesí y las líneas que delineaban el contorno de los ojos, excesivamente alargadas. Su boca era grande, pero no atractiva, sino repelente por su grosor, tamaño y un biletazo escarlata francamente de mal gusto.

El tono de su voz, era decididamente de puta. Casi agresivo:

-¿Qué es esa chingadera que encargaste? -preguntó.

-Un coctel que inventé apenas te vi. Algo exquisito, como tú. Va a gustarte.

-Bueno, ya veré a que sabe. Si no me gusta, que me traigan mejor una michelada.

- Te gustará, Liz. ¿Puedo llamarte Liz?

-Llámame como te de tu chingada gana. ¿Qué onda con eso de que pondrás al día mis cuentas? ¿A cambio de qué?

-De que me digas como localizarlo.

-¿Tú crees que si yo lo supiera, no habría ido a ponerle en su madre?

El mesero trajo los cocteles en dos copas de cristal cortado. Insté a Liz a que probara el suyo y dije salud tiernamente. Ella le dio una probadita, desconfiando del sabor. Luego su grosero

paladar, acostumbrado a la sal de las micheladas resintió el paso del dulzón coctel, pero no lo rechazó. Dio otro sorbo un poco más largo y no le pareció tan mal.

-Está bueno esto, oye.

-Llévalo con calma, Liz, que es para saborearse lentamente.

Retomé la plástica donde la dejó la puta:

-Querida Liz, quizá sepas por donde anda, pero tal vez no puedas acercártele.

-¡Yo que voy a saber! A mí no me contaba nunca sus cosas. A veces se largaba por días, pero siempre me dejaba bien forrada de lana. Pero la pinche lana ya se me acabó. Estoy a punto de que me corten el teléfono. La inmobiliaria chingue y chingue con los recibos mensuales. ¡Tiene tres meses que no sé de él! ¿No es para estar encabronada?

Intuía que el abandono del "Profesor" podía deberse a dos motivos. Primero, la sorprendió poniéndole los cuernos. Segundo, la dejó por otra. La ira que demostraba la puta me inclinaba a suponer lo segundo, por lo cual aventuré:

-Comprendo tu enojo, Liz, pero si me ayudas, yo te ayudaré. Podrás salir de tus problemas económicos.

-Ya dime lo que quieres -aprobó y terminó el coctel. Inmediatamente llamé al mesero y ordené otro distinto:

-Diez de cointreau, 30 de vermouth blanco y 20 de aguardiente de pera, con dos hielos cada uno.

-¿Y este, cómo se llama?

-Lo acabo de inventar y se llama "La Bella Liz"

La puta se echó a reír y sus carcajadas atraieron la atención de la gente ubicada en las mesas más lejanas. Reía como madrota de burdel rascuache.

-Al grano -exigió- ¿para que chingados andas buscando al ojete de Rodolfo?

-Asunto de negocios. ¿Cuánto debes del depa?

-Tres meses, a cinco mil por mes. Echa la cuenta.

-Quince mil. ¿Tienes otras deudas?

- Debo en tres tarjetas. Con eso me he mantenido, pero dos de ellas ya están canceladas y la tercera no tarda -dijo, eludiendo la respuesta directa.

-¿Cuanto importaría saldar los adeudos de las tres?

El mesero nos interumpió con los cocteles servidos en otras dos copas de cristal cortado, pero diferentes. El sabor de este segundo la ablandó un poco:

-No más de cincuenta mil pesos, Max.

Si comparaba con la cantidad decomisada a los secuestradores de David Gurabo, esa suma era insignificante, pero tampoco quería perderla a lo pendejo, no fuera que la puta se quisiera pasar de lista conmigo. Pero tendría que dársela, a cambio de la información, si yo pretendía seguir adelante y no retrasarme mucho.

-Te extenderé un cheque por 70 mil, bella Liz. Si tu información es buena.

Liz se metió el resto del coctel y dijo, desconfiada:

-Si tu cheque es bueno, mi información será buena, pero preferiría que me dieras en efectivo. Los cheques tardan un día para entrar en cuenta y ando muy gastada.

-No es muy aconsejable andar cargando miles y miles. Pero puedo pagarte con un cheque certificado. ¿Hay una sucursal de Bital aquí cerca?

-A la vuelta.

-No te muevas de aquí. Ve mirando la carta. Pero antes, déjame que nos preparen otro coctel.

Llamé al mesero y le ordené: 20 de amaretto, 20 de crema de coco, 15 de vodka y 15 de jugo de piña, natural.

Certificar el cheque me llevó veinte minutos. Aunque tardara dos horas, la puta sabía que yo era su salvación y no se movería de ahí. La encontré con el tercer coctel bebido a medias. Le entregué su cheque. Lo miró y remiró, repasó la cifra, no podía creerlo. Estaba feliz.

-Aunque está certificado, estaría más a gusto si lo depositara. Uno nunca sabe si por cualquier pendejada se rompe o se pierde.

-Sabia decisión. ¿A qué hora cierran tu banco?

-A las cinco.

-Antes, la información bella Liz. Dime lo que quiero.

La puta titubeó. Tenía el cheque en su bolso, pero aún así, dudaba de mi honorabilidad, porque no se decidía a hablar. Le ayudé:

-Vamos a depositarlo a tu banco, tengo el coche ahí afuera. Vamos rápido y luego volveremos a comer. En el camino me dirás en donde puedo localizar a Rodolfo.

-Primero deposito.

-Primero me informas.

-Qué cabrón eres, no confías en mí.

-Tú tampoco.

Alguien tenía que ceder, y a mí me importaba más la información. Jugué al riesgo calculado:

-En el banco, inmediatamente que esté depositado el cheque, me dirás lo que necesito.

-¡Chingáo! Hasta que entraste en razón.

Dijimos que volveríamos a comer, ordenamos incluso el menú y dejé un anticipo como señal del regreso. A su banco llegamos en 15 minutos, depositó y, antes de salir, pidió:

-En el coche, en el coche te voy a contar. Me cai de madre, si no.

En el coche, la bella Liz sacó toda la furia de que era capaz:

-El hijo de su puta madre me dejó por otra. Me dieron un pitazo de que andaba con esa puta redrojera de la Osbelia. Que le había puesto casa. Y sí, ya ni llegaba a nuestro depa, así que lo espíe y cuando tuve las pruebas los agarré a los dos que iban al otro lado y antes de llegar a la línea deschongué a su puta. Iba a marcarla con una navaja pero me la quitó a tiempo. Pero casi la encueré. Le quité la ropa a jalones, ahí andaba la muy puta cubriéndose las chichis, como si medio Ciudad Juárez no se las hubiera visto en el cabaret. Hasta que me la quitaron y me llevó la policía por amenazas y lesiones. Desde entonces no lo vi más. ¡Si los encuentro los voy a matar!

-¿Vive con esa Osbelia?

-No. El cabrón es casado. Vive con su pinche vieja. A la puta de la Osbelia, como a mí antes, nomás va a visitarla.

Liz cumplió. Me condujo hasta las casas del "profesor", la "grande" y la "chica". Anoté con cuidado las direcciones. No quiso volver al restaurante y la dejé en frente de su depa.

-Si quieres, puedes pasar, nene. Debemos celebrar nuestra buena suerte.

No acepté el regalito de su sobregirado cuerpo porque tenía mucho que hacer. Era necesario ponerle pájaros en el alambre a las mujeres del "Profesor" y decliné tan inmerecido honor:

-Gracias por la invitación seductora dama mía, pero no olvides que ando en busca de tu galán para cobrarle lo que me debe. Te aconsejo que de ningún modo se te ocurra ponerlo sobreaviso de mi presencia por acá, porque entonces la pasarías muy mal. Tú sabes a lo que se dedica el "Profesor", yo también estoy en lo mismo, de modo que no acostumbro andarme por las ramas. Pero si todo sale bien, te prometo que al concluir te llevaré a Las Vegas. Mereces que te luzca en el MGM o en el Circus, estás despampanante.

Le di un ligero pellizquito amoroso en su mejilla derecha. Mis dedos quedaron fuertemente impregnados de colorete, difícil de lavar al primer intento.

Con mi decodificador averigüé los número telefónicos de las casas, "grande" y "chica". No se trataba de arrebatarse el cuadro a la fuerza, sino de robárselo, porque de ningún modo deseaba un enfrentamiento con él, dadas las buenas relaciones de negocios que teníamos. Un enfrentamiento tenía que terminar forzosamente con su muerte y esta no era conveniente, porque el "Profesor" podría darme algunos otros buenos encargos en el futuro.

Pero estaba visto que no iba a tener suerte en Ciudad Juárez, porque al segundo día de vigilancia "invisible", ambas mujeres recibieron una llamada de larga distancia desde el mismo lugar y con intervalo de cinco minutos. El "Profesor" estaba en Progreso, Yucatán, me hizo el señalado favor de indicarles su número, aunque no así su dirección. Calculaba estar allá una semana en viaje de negocios. Luego regresaría directamente.

Esto quería decir que él sería el encargado de entregarle el cuadro a monseñor Pillone apenas éste llegara a Mérida, el obsequio principal tributado el día de su homenaje, el 30 de abril.

En ese caso, a la maltratada piel de la "Bella Liz" le caería muy bien la brisa del Caribe. Pensé que no me costaría demasiado trabajo convencerla del cambio de aires, sin decirle naturalmente que allá estaba su odiado Rodolfo. Fui a verla, la sirvienta me dijo que se hallaba de compras, que volviera más tarde.

No volvió sino hasta en la noche, me abrió gozosa y me condujo a la sala, atestada de bultos.

-Ya hice mis pagos, nene, pero casi me quedé sin dinero. ¿Tú crees?

-Lo creo. Bien se ve que te urgía gastarlo sin medida.

-Sí. Soy muy gastalona. ¿Me llevarás a Las Vegas?

-Quiero llevarte a Cancún. Rodolfo me pagó, pero de pronto me dieron ganas de unas vacaciones en el mar en vez de ir a Las Vegas. Creo que te hace falta una buena asoleada natural. Tu piel la necesita. Debes de verte espléndida bien requemadita por el sol. Te trataré como lo que mereces, como a reina, adorada Liz.

-¿Dónde está ese cabrón? - increpó la puta.

-Ya olvídale. Piensa en Cancún.

-¡Cancún!, sí, vamos. ¿Cuándo saldremos?

-Mañana. en el primer avión.

-Entonces quédate conmigo esta noche.

-No; quiero hacerte el amor, lo deseo intensamente, pero en noche de luna, sobre la blanca arena de Cancún.

Desde su casa arreglé telefónicamente lo del viaje. Pasaría por ella a las ocho de la mañana. Saldríamos a eso de las diez de la mañana, conexión a mediodía en ciudad de México y llegada a Mérida a eso de las seis de la tarde. Al día siguiente, le advertí, saldríamos de Mérida a Cancún en avión.

Durante el viaje de México a Mérida, encontré, hojeando un periódico nacional, la noticia de que el magnate tabasqueño David Gurabo Gutiérrez había sido secuestrado por dos sujetos enmascarados junto con su esposa y una amiga cuando caminaba cerca de la ciudad deportiva de Villahermosa. Que las dos mujeres habían sido liberadas y llevaban las condiciones del rescate, por una suma que la señora no quiso revelar. Hasta ese momento la policía se abstenía de intervenir, porque el estado de salud del empresario era delicado.

6.LA FOSA DE CHICXULUB

En vez de ir a Cancún, al día siguiente dejé a la puta en el hotel Montejo Palace y me fui a Progreso y de ahí a Chicxulub, antiguo pueblito de pescadores y pequeño puerto de cabotaje que con el correr de los años se había conurbado a Progreso, el puerto de altura de la península.

En el mes de abril Progreso y Chicxulub eran pueblos fantasmas, de casas y comercios cerrados porque la temporada turística no comenzaba sino hasta julio; en los meses de tórrido verano, Mérida se vaciaba y todo mundo iba a vivir junto al mar. Alquilar una casa amueblada en esos días no representaba problema y escogí una muy cerca del muelle. El representante de la inmobiliaria me ponderó su ubicación privilegiada. La casa estaba en el punto más cercano posible a la fosa antediluviana de Chicxulub. Hace 65 millones de años ahí había caído un enorme meteorito, cuando eso no era mar; a resultas de la colisión se elevó una grandiosa nube de polvo negro que cubrió toda la atmósfera terrestre. Entonces murió la vegetación; sin hierbas que comer, murieron los grandes dinosaurios herbívoros, sin vegetarianos que comer, los grandes saurios carnívoros también perecieron de hambre, sólo sobrevivieron especies pequeñas que pudieron alimentarse de plantas que no necesitaban clorofila para subsistir. La fosa -aclaró el agente de la inmobiliaria-, desde hacía unos diez años en que un sabio mexicano inventó la teoría de la colisión para explicar la súbita desaparición de los grandes saurios, era un sitio favorito de los paleontólogos y de los tiburones, no recomendable para nadar en ella.

Asimilé aquella lección de paleontología y me di a la tarea de localizar al "Profesor" sin que éste se diera cuenta de que andaba tras de sus pasos. Por eso me fui a vivir a Chicxulub, desde donde podría operar con más seguridad.

Cuando regresé por la tarde al hotel, no hallé a la "Bella" Liz en el cuarto, ni siquiera dejó un recado, por lo cual deduje que andaría en el bar o en la piscina. No andaba descaminado, la hallé en el bar de la alberca, ataviada con un bikini de esos que se atan con hilo dental, rodeada por un trío de jóvenes que no pasarían de los 20 años, bebiendo con ella y cotorreando el punto.

La puta no dejaba nada a la imaginación. Las dos partes de su bikini fluorescente anaranjado no cubrirían más allá de 25 centímetros cuadrados cada una. Sus carnes tenían de blancas lo que tenían de fofas, y un par de llantitas muy monas hablaban de lo poco que se cuidaba. ¡Vaya gustos del "Profesor"! No iba a ser yo quien le interrumpiera el placer de ser admirada por los jovenazos, así que llamé un mesero, escribí una breve nota avisándole que estaba de vuelta y que me encontraría en el cuarto cuando se desocupara, le indiqué que se la entregara a la señora y acompañé el pedido con un billete de cincuenta morlacos. Me di la media vuelta y después de explorar el hotel y alquilar un coche, me metí al cuarto a ver unas películas gringas que llegaban por antena parabólica.

-¿Dónde chingados te metiste todo el cabrón día? -fue el tierno saludo que me espetó apenas entrando ella al cuarto, envuelta en una toalla y con el cabello húmedo.

-Por ahí -respondí displiscente, viéndola como quedaba en cueros antes de meterse a la ducha.

Media hora después salió y la vi al natural, sin un gramo de pintura y sin nada de ropa. Anduvo buscando que ponerse, deliberadamente lenta como para provocar mi deseo por ella, pero el espectáculo, lejos de ser erótico era grotesco. Sin maquillaje, sin cejas ni sombras en los ojos, su cara parecía una papa hervida y su cuerpo un nabo gigante. Tenía un desorbitado mechón en el pubis, algo así como un kilo de estopa negra y lacia, nada que pudiera uno desear, ni saliendo de Puente Grande después de purgar una condena de veinte años.

Se vistió también muy lentamente. Se puso un vestido dorado provisto de tres cierres que la aprisionaron férreamente. Luego se sentó a pintarse.

-¿Se puede saber a donde piensas ir? -pregunté indiferente, sin quitar los ojos de la tele.

-A la discoteca de este pinche hotel dijo, obstruyendo con su cuerpo la pantalla.

-¿Y con quién?

-Contigo.

-¿Me has preguntado si tengo ganas de ir?

-Lo di por hecho. ¿No me trajiste a encerrar, verdad?

-Es que no tengo ganas de ir a ninguna discoteca. No me gustan las discotecas.

-Qué lástima. A mí me encantan. Si no te molesta, iré un rato.

-No me molesta. Pero no vengas muy tarde, mañana saldremos temprano.

La puta terminó su arreglo. El vestido era bonito, aunque le apretara tanto que casi no pudiera caminar. Era un vestido elegante, pero ella le confería tal tono de corrientez a lo que se pusiera, que parecía el vestido de una *madame* de burdel caro.

Iba a apagar el televisor cuando entró un programa especial acerca del evento religioso que tendría a cabo en Mérida. Entrevistas con el arzobispo de Mérida, monseñor Emiliano Beltrán, con el cardenal Gerardo María Fosado y con Su Ilustrísima Chicolano Pillone, quien por gestiones de gente muy importante del Sureste, traería al Papa, quien ya había aceptado la invitación. Presentación de la trayectoria de esos santos varones. El prelado italiano celebraría el cuarentavo aniversario de haberse ordenado sacerdote en la alde ade Eboli, al sur de Italia. Tan señalado acontecimiento sería el domingo 30 de abril, o sea, faltando ya poco. Apenas terminó tan instructivo programa apague el televisor y me eché a dormir.

Desperté por ahí de las ocho de la mañana, ella yacía a mi lado, roncando como un cargador ebrio amanecido afuera de una taberna de barriada.

Tardó casi quince minutos en despertar. Su aliento apestaba a tequila a dos metros de distancia. La cruda que tenía debía de ser espantosa, pero fui inclemente, la obligué a despejarse

un poco debajo de la ducha de agua fría y luego a vestirse. Bajamos a desayunar en el comedor del hotel, pagué la cuenta y luego regresamos al cuarto a hacer las maletas.

-¡Ah, qué noche! Los yucatecos, aun cuando hablan tan chistoso, son buenas gentes. ¡Qué divertida me di!

-Los yucatecos -apunté en tono sarcástico- aun cuando hablan muy chistoso, cogen como cualquier cristiano. Supongo que por falta de verga, anoche no paraste.

-Así fue, pero tú tuviste la culpa, por quedarte aquí encerradote.

La "Bella" Liz no tenía remedio. Uno era el culpable de todo. Sonreí.

-¿Vamos a ir a Cancún en este coche? -preguntó al ver que metíamos las maletas en la cajuela y que yo me ponía al volante.

-En este coche nos vamos a ir, pero no a Cancún. Al menos no por ahora.

-¿Entonces? ¿A dónde chingados me llevas?

- A un pueblito muy bonito de por aquí cerca, junto al mar. Pasaremos unos días ahí. Unos diez, aproximadamente. Ayer alquilé una casa muy bonita. Luego iremos a Cancún.

-A la playa, menos mal. -se conformó.

La casa le gustó. El mar le gustó. Lo que no le gustó es que no hubiera criados.

-Ni creas que voy a hacer la pinche comida. No me trajiste de tu gata -comentó al saber que no habría servidumbre.

-No te preocupes - la apacigüé- comeremos en los restaurantes. Los antojitos yucatecos son sabrosísimos. Y vendrá un sirviente a hacer la limpieza a media mañana, todos los días.

-Bueno. Más te vale.

Me dediqué a oír las conversaciones que salían y entraban al celular del "Profesor", pero sin localizar el sitio donde se hallaba el aparato.

A la puta le dio por beber y asolearse. Puse a su disposición algunas botellas, que el sol lo tenía para ella sola unas trece horas al día. Mientras, yo me ocupaba de escuchar el celular del "Profesor" sin ceder un ápice de mi tiempo.

Al segundo día de mi estancia el "Profesor" pidió carne a un supermercado del puerto y dio su dirección exacta para recibir el pedido. Así supe su domicilio, me faltaba visitarlo para recoger el cuadro, largarme con él a Villahermosa y cobrar el resto de mi paga.

Para ello, tenía que distraerlo, y para eso había traído a su ex amante, la celosa y vandálica puta Liz.

Hice primero un reconocimiento superficial. La casa estaba frente al mar, era una casa blanca fácil de reconocer por unas columnas de mármol blanco anilladas del mismo material. Algo que nunca había visto en mi vida. Todas las ventanas estaban enrejadas por el exterior, la puerta tenía dos chapas. Monté guardia desde la playa observando el tráfico de personas. Salvo la llegada esporádica de algún mensajero del supermercado, nadie entraba ni salía. Los días comenzaron a pasar sin que yo adelantara gran cosa. Faltaban tres para la llegada de monseñor Chicolano Pillone y yo tenía las manos vacías. Y el "Profesor" no abandonaba el caserón de las columnas anilladas ni para respirar la brisa.

Una voz femenina hizo algunas llamadas. Quien contestaba, otra mujer, tenía acento norteco, fronterizo. El "Profesor" se había traído a otra de sus famosas amiguitas, eso contaba a mi favor.

La puta se hallaba feliz, porque se las arregló para reunirse con sus jóvenes amigos de Mérida. Al ver que no me ponía celoso ni reprobaba que llegara borracha y en la madrugada, tomó confianza y se destrampó.

No podía intentar una escalada de la casa o una fractura violenta porque el profesor me conocía perfectamente bien y un enfrentamiento con él, sería de pésimas consecuencias. No sabía con quien estaba, y mucho menos si tenía ahí el cuadro, que bien podía estar en alguna bóveda bancaria de Mérida, aunque este no fuera el estilo del cártel de Ciudad Juárez. De darse un enfrentamiento, él o yo, teníamos que salir muertos. Si yo lo eliminaba y el cuadro estaba en otra parte, fracaso seguro. Podría intentar torturarlo para sacarle la ubicación del cuadro, pero el "Profesor" no era ningún novato, era hombre de muchos recursos y podría perder la partida. No en balde era el segundo hombre de confianza del "Señor de los Cielos".

Diariamente cambiaba de posición en la playa, incluso, alquilé una lancha rápida que anclé a unos doscientos metros de la playa y desde la cual me era más fácil ver y oír. Pero aquella casa era como una tumba. Al mismo tipo que alquilé la lancha, alquilé también un yate y le ordené al patrón que lo tuviera listo siempre, con la tripulación a bordo, pues en cualquier momento podría ocurrírseme costear para ir a Isla Mujeres. En el aeropuerto también alquilé una avioneta y di las mismas instrucciones. Pagué por adelantado diez días de su alquiler, para que así no se movieran. Estas precauciones me salieron caras, pero en caso de una retirada de emergencia me serían muy valiosas.

Era ya cerca del crepúsculo del viernes, faltaban dos días para la llegada de monseñor Pillone cuando por fin oí las instrucciones decisivas para la operación "Obsequio".

Identifiqué la voz de Carrillo. Le ordenaba entregar el "regalito" a monseñor el cardenal Gerardo María Fosado, quien a su vez lo entregaría a monseñor Pillone apenas llegara a Mérida. Al cardenal Fosado se le esperaba, procedente de Guadalajara, ese viernes por la noche; el sábado descansaría en casa del arzobispo de Mérida; a éste tenía que entregarle el cuadro, para que a su vez lo pusiera en manos de Fosado; al día siguiente, domingo 30 de abril, el cardenal iría a recibir a monseñor Pillone al aeropuerto, era de recomendarle a Fosado lo entregara en secreto al momento en que Pillone subiera al coche de Fosado, el cual probablemente sería el del arzobispo de Mérida. Pillone oficiaría en la celebración del domingo a mediodía y por la tarde partiría a Roma, vía Miami.

Esto me daba la certeza de que el cuadro aun estaba en poder del "Profesor". De sus manos debería de rescatarlo, porque después iba a ser muy difícil arrancárselo a los dignatarios eclesiásticos, debido a su equipo de seguridad y al hermetismo de que se rodeaban en su vida privada. Había llegado la hora de que la puta entrara en acción; ella sería mi caballito de Troya.

Me fui en la lancha a Chicxulub y busqué a Liz. No estaba en la playa ni en la casa, pero seguía ahí su equipaje. Me fui a Mérida y la busqué en los bares y las albercas de los principales hoteles. No estaba. Era inútil seguir buscándola. Regresé a Chicxulub y la aguardé.

Llegó cerca de la medianoche, hecha una sopa de borracha, en compañía de uno de los tres jovenazos que le conocí en la alberca.

-¿Estás aquí? -preguntó con voz estropajosa al verme. Apenas se podía tener en pie, abrazada a su galancete, un muchacho muy fornido, de esos que cultivan el físico, probablemente cinta negra. El muchacho se puso alerta, quizá esperando de mí una escena de celos, magnífica ocasión para lucir sus habilidades en el Tae Kwon Do y quedar como príncipe con ella.

-Se acabó la parranda -sentencié sin mostrar enojo -tienes que descansar.

-Estoy hasta la madre de descansar -dijo la puta -mi nene y yo nos vamos a Cancún en este mismo momento.

Su "nene" confirmó lo dicho:

-Sí, nos vamos, en este mismo momento, venimos a recoger su equipaje.

-Ella no va a ningún lado. Ella se queda aquí. Y tú, lárgate o te saco a patadas.

Creo que el "nene" había visto demasiadas películas de karatecas, o nunca había pasado de ejercer las llamadas artes marciales en el gimnasio, porque se puso en pose, listo para dejarse atacar.

Yo jamás acepto una lucha cuerpo a cuerpo, no porque tema salir derrotado, sino porque considero que es perder el tiempo. Para eso tengo armas, de distintos calibres, de fuego y blancas, para eso me ejercito con ellas y para tener pronto su uso, por lo menos llevo encima una pequeña pistola, mi .22, o una daga que sé arrojar hasta con los ojos vendados, como en el circo. Precauciones del oficio, precauciones que en otras ocasiones me han salvado la vida. Precaución que en ese momento no había olvidado, por lo cual saqué con rapidez casi instantánea mi daga de arrojar, construida para hacer siempre una trayectoria de punta y se la encajé en el diafragma.

El muchacho se dobló, las manos abiertas, impotentes de su inútil karate.

La puta gritó una vez y hubiera seguido gritando pero le tapé la boca y caí encima de ella.

-¡Cállate, pendeja! -le ordené varias veces, hasta que entró un poco en razón.

-¡Lo mataste! -recriminó con voz ronca -eres un hijísimo de su chingada madre, lo mataste.

-No está muerto, pero lo estará si sigues ladrando, perra puta. ¿Para qué lo trajiste?

La puta se desmadejó en llanto. Dejé que chillara unos cinco minutos, no le saqué la daga al "nene" porque se desangraría instantáneamente, tengo otras, lo llevé a la cocina y lo até. Luego me ocupé de revivirla, dejarla lo más presentable posible. Ahí mismo le eché encima una jarra de agua helada, la encueré y le empecé a dar de toallazos mojados.

-Sabías muy bien -le recordé entre toallazo y toallazo -con la clase de cabrones que andas. No somos perita en dulce, tu "Profesor" y yo. No somos malosos de gimnasio ni de barrio. Somos profesionales, sabes muy bien a que se dedica tu "Profesorcito". A propósito de él, debo decirte que está en Progreso, la está pasando en grande con otra puta como tú, la lleva a Cancún y a Miami cada fin de semana.

La noticia la reanimó mejor que el agua helada y los toallazos que le había dado.

-¡Mientes! -escupió.

-¿Quieres verlo? Te llevo ahorita mismo a su casa. Debe estar cogiendo con esa, creo que es la Osbelia -dije al tanteo, para encocerarla.

-La puta rechinaba los dientes, de la ira mal contenida:

-¡Llévame, llévame -ordenó, más que pidió.

-Cámbiate y vamos ya -puntalicé.

Se puso un pantalón de mezclilla y una blusa anaranjada chillante, de algodón. Nos fuimos en el coche de su amiguito. Antes de bajarla le puse en su mano derecha la Luger, lista para disparar. Yo embracé mi cuerno de chivo. Le señalé la puerta y moví el coche unos metros. Luego bajé del auto y me escondí detrás de la balastrada del malecón.

La "Bella" Liz tocó la puerta, con fuerza, gritando a Rodolfo que le abriera.

El "Profesor" no la abrió inmediatamente, sino hasta que se cercioró de que era su antigua amante quien lo buscaba y de que no había nadie más en los alrededores. Ella lo empujó hacia dentro, gritando, buscando:

-¿Quién es la puta que te trajiste? ¡Si es la Osbelia la voy a matar!

El "Profesor" no perdió la calma. Dejó que ella entrara y cerró la puerta.

No oí más, pero vi como se iban encendiendo las luces de la planta alta. Cinco minutos después, escuché un tiro y un grito. Las luces fueron apagadas con rapidez. Todas. Otros cinco minutos y el "Profesor" abrió la puerta del garage y sacó un coche. Iba solo. Se alejó en él. Entonces me puse un pasamontañas modelo "Sub", corrí hacia la puerta de la entrada y con una ráfaga corta la descerrajé. Adentro y en la penumbra encontré a otra tipa con el inconfundible tipo de puta. -¡Ah, qué gustos del "Profesor"!-, aterrada. Con certeza era la Osbelia mencionada por Liz. Le puse la pistola en medio de los ojos y le pregunté por el cuadro.

-Se lo llevó hace como dos horas Rodolfo, en un portafolios negro, grandote, -confesó inmediatamente la que supuse era Osbelia.

-¡Rodolfo estaba aquí hace un momento! - la desmentí.

-Regresó luego, luego. Sin el cuadro.-respondió sin titubeos.

Mientras buscaba a la puta, él lo había ido a entregar al cardenal, apenas llegase a casa del arzobispo.

-¿A dónde fue ahora? ¿Qué pasó aquí?

-Vino la Liz y trató de matarme. Rodolfo le quitó la pistola y ...y creo que la mató. ¡Fue horrible! Se la llevó, ya muerta...o herida...no sé...no sé a dónde.

-¿La pistola que traía ella?

-Aquí está -dijo en medio de otro ataque de llanto, señalando a un lado suyo, en el suelo.

Era suficiente. Recogí mi arma y le di un cachazo en la cabeza para ponerla fuera de circulación. No me molesté en revisar la casa. Le creí. Salí y me fui a Chicxulub en el coche del "Nene", encabronadísimo porque sin quererlo, el "Profesor" había hecho el traslado antes de que yo le pusiera la mano encima. Sacárselo de las manos al cardenal, que ya lo tendría en su poder, me sería doblemente difícil.

El "nene" no había muerto, pero agonizaba. Lo llevé a la lancha rápida que tenía atracada en el muelle y me adentré unos diez kilómetros mar adentro en la Fosa. Ahí le saqué la daga y eché el cuerpo al agua, con la certeza de que los tiburones darían pronta cuenta de él. De regreso vi flotando en el agua la blusa de la puta. A lo lejos, una lancha se dirigía a Progreso. Bueno, Liz

y su "nene" emprenderían juntos el viaje sin regreso. Por lo visto, el "Profesor" y yo teníamos la misma tendencia a dar de comer a los escualos más o menos a la misma hora, para que no pasaran hambre, los pobrecitos.

7. MASACRE EN EL AEROPUERTO

A las dos de la madrugada del sábado no tenía alternativa, debía de rescatar el cuadro de manos del prelado.

Según lo visto en la televisión cuando andaba de bar en bar buscando a la puta, el cardenal había sido recibido en el aeropuerto por el obispo de Mérida Emiliano Beltrán y no se había hospedado en ningún hotel, sino en su casa.

Antes de dar el siguiente paso me puse a recordar la trayectoria de los prelados inmiscuídos en el robo del Giorgone, según los noticieros de los últimos días y lo que yo les sabía.

El actual cardenal Gerardo María Fosado, fue antes de ser ungido como tal, obispo de Ciudad Juárez por diez años. Desde luego, la tele no lo dijo, pero en aquel cargo ofició misas, bautizos y bodas para la familia Carrillo.

Cuando Fosado salió de Juárez para ocupar su cardenalato en León, lo sucedió Emiliano Beltrán, célebre por admitir sin tapujos que la Iglesia no podía cuestionar el origen de las limosnas o donativos realizados, provinieran de donde fueran. Esto es, los dineros de Dios no tienen olor, color ni nacionalidad o ilegalidad. Hacía un año, para atenuar el escándalo de sus declaraciones, Beltrán fue trasladado al obispado de Mérida.

Por otro lado, Chicolano Pillone, Nuncio Apostólico, lo mismo confesaba y daba su absolución por los crímenes cometidos a los Arellano Félix en Tijuana, que a Carrillo en Ciudad Juárez.

El domingo los tres prelados estarían juntos para anunciar oficialmente la visita del Papa a Yucatán. ¡Ah, la trunca infernal!

Carrillo quería congraciarse con Dios mediante el obsequio del Giorgone a través de sus amigos Beltrán y Fosado para Pillone. El acoso a los hermanos Arellano Félix y las aprehensiones del "Güero" Palma y de Juan García Abrego dejaban a Carrillo como el capo principal del país, lo cual no era obstáculo para que, primero Beltrán y luego Fosado manosearan el famoso cuadro sin desdoro de su dignidad y alta investidura eclesiástica. Lo dicho, los dineros de Dios son divinos, vengan de donde sea. En eso, estoy completamente de acuerdo.

Convenía dormir un poco, pues presentía que la noche del sábado para amanecer domingo iba a ser muy ajetreada.

Me levanté a las seis, bañé y desayuné un par de huevos motuleños en la fonda más cercana mientras veía el noticiario local de la tele donde comentaban las actividades de los dos altos dignatarios eclesiásticos para ese día sábado.

Se mostraba la casa del obispo Beltrán, en el Paseo Montejo, nada humilde por cierto, casa que fue de alguno perteneciente a la "casta divina" yucateca y adquirida por monseñor apenas llegó de Ciudad Juárez.

Los miembros más conspicuos de esa casta oligárquica ofrecerían un desayuno a las nueve de la mañana a los dos clérigos en el hotel Palacio Montejo, precisamente en el cual estuve alojado. El menú sería tamales de masa colada, tacos de cochinita pibil y de relleno negro, salbutes, panuchos y codzitos.

A las doce horas oficiarán ambos una misa en catedral. Luego irían a una comida en el Club Campestre, ofrecida por el presidente municipal de Mérida, el gordo Correa Sinpena, panista de hueso colorado, a la cual asistiría el presidente nacional del PAN, Carlos Canijillo Leperaza.

A las seis de la tarde oficiarán otra misa, esta vez para las señoras de la Vela Perpetua y del Sagrado Corazón, en la parroquia de Santa María de Guadalupe.

A las ocho de la noche asistirían a una cena, ofrecida por la "Casta beduina", o sea los sirio libaneses que se habían adueñado de la riqueza de toda la península, en el Club Libanés.

A las diez de la noche regresarían a sus aposentos en la caza del obispo Beltrán.

El domingo por la mañana el cardenal Fosado estaría en el aeropuerto a las doce horas a recibir a su Ilustrísima Chicolano Pillone. De ahí se trasladarían a la Plaza de Toros en donde ya los estaría esperando el obispo Beltrán para realizar el grandioso homenaje a Su Ilustrísima y hacer el tan cacareado anuncio oficial del viaje papal; inmediatamente después Pillone se trasladaría al aeropuerto con destino a Roma para regresar acompañando al Papa en su trascendental e histórica visita a la península.

Metí mi instrumental en el coche y fui a la casa del obispo, fácil de localizar. Se trataba de una mansión palaciega, construida a fines del siglo pasado según rezaba una placa incrustada en la pared, de fachada de cantera y balcones con enormes balaustradas. La circundaba una alta verja de hierro. No fue difícil estudiarla con detenimiento, toda vez que había mucha gente agolpándose en la calle en espera de recibir las bendiciones globales de sus ilustrísimas. Me sumé a la muchedumbre, pasando desapercibido gracias a mi atuendo yucateco y, para disfrazar mi cabeza, demasiado chica para esos rumbos, me puse un sombrero de Tikul. ¡Sólo me faltaba soltarme bailando una jarana !

Los obispos salieron en un Grand Marqués del año, de color blanco, de esos que Félix Gallardo acostumbraba a regalar en Guadalajara como si fueran bicicletas. Fuera del chofer, no llevaban escolta. Los seguían unos curas en otro coche de color negro, manejado por uno de ellos.

Repartieron bendiciones a diestra y siniestra y creo que me tocaron por lo menos una docena y media. Me sentí, después de eso, como transportado al cielo, como nuevo, purificado.

Ambos llevaban atuendo de color negro, pero el del obispo tenía vivos dorados, mientras el del cardenal los lucía morados, como correspondía a su jerarquía. Ninguno de los dos sabía lo que era el hambre por necesidad, o el ascetismo por vocación. Moreno y cachetón el cardenal, blanco y mantecoso el obispo, eran la viva imagen de la buena mesa y de los caldos de importación. Al terminar el trayecto y bajar del coche, en el pórtico del hotel, el chofer puso en manos del cardenal un gran portafolios negro, como el descrito por Osbelia, de esos que usan los arquitectos para sus planos, grande pero delgado. Ahí iba el Giorgone, probablemente sin su

marco, por estorboso, pero la tela aún sobre el bastidor, pues no sería cosa de andar despegándola o desclavándola con peligro de dañarla irreparablemente.

Eso cambió mis planes completamente. Si el cardenal no se despegaba del Giorgone, ni para mirar, no tenía caso meterme a su casa en su ausencia. Tendría que andar sobre sus huellas, esperar la mejor oportunidad para hacerme de él, de grado o por fuerza.

Permanecí afuera del comedor, discretamente sentado en una butaca, leyendo "El Diario de Yucatán" y enterándome por él de lo que se consideraba el evento del siglo, la visita papal.

La sobremesa se prolongó y pude colarme al interior del salón para contemplar más a mis anchas el codiciado portafolios negro. Calculé su tamaño y estimé que en efecto, dentro de él podría caber, aunque fuera apretadamente, el Giorgone.

Catedral no estaba lejos, de todos modos, el trayecto fue despejado por una flotilla de motociclistas de tránsito. La misa comenzó en punto de las doce, y el portafolios negro descansó en el altar, bajo la continua vigilancia de dos curas que mas bien parecían mozos de cuerda, por lo fornidos.

No tenía definido el plan a seguir. Mas bien, sería cuestión aleatoria, de como se presentaran las circunstancias. No pude ocupar primera fila en catedral porque los asientos frontales estaban reservados para gente importante. Decidí pasar por alto la misa y fui a la tienda de artículos fotográficos más cercana y me compré una cámara 35 mms profesional, con su respectivo rollo. Tenía que entrar al banquete del Club Campestre, donde quizá tuviera la oportunidad deseada, para eso la caracterización de fotógrafo de prensa. Regresé a Catedral y comencé a abirme paso hacia el altar, a los fotógrafos se les permiten ciertas libertades. Tenía que hacerme también de un gafete de prensa o de una invitación al banquete, lo primero que saliera.

Lo más fácil sería la invitación, muchos de los asistentes a la misa irían al banquete, algunos tendrían por fuerza que traer la invitación a la mano. En la tercera fila y pegada al pasillo hallé a la candidata a cederme la invitación; era una yucateca chaparra y gorda que la tenía sobre la banca, debajo de su bolso. Junto a ella estaba un acompañante, de su misma edad,

probablemente su marido. Tenía que volarle el sobre cuando se pusiera de pie. Me puse a tomar fotos de los prelados, y en el momento que la yucateca se puso de pie, coloqué el flash a medio metro de sus ojos y la deslumbré. Bastó esa fracción de segundo para cegarla momentáneamente y que no viera cuando tomé su invitación y la metí doblada en el amplio bolsillo de mi guayabera. Inmediatamente retrocedí, disparando flashazos por doquier, en retirada. Fui al coche y guardé la cámara, regresé al atrio a ver salir a la comitiva, la cual había engrosado notablemente desde el desayuno. Más curas acompañaban a los dos dignatarios, y más civiles hacían coro y deseaban estar junto a ellos.

Seguí a la comitiva, no descartaba que, con o sin invitación la pareja despojada lograría entrar al club, pero confiaba en que la vieja, cegada por el destello del flash, no podría reconocerme.

El banquete sería servido en el jardín, donde instalaron mesas redondas protegidas por toldos. Eran no menos de cien mesas, mucha gente, ideal para pasar desapercibido.

Los dos prelados bajaron del Grand Marqués, el cardenal apretaba el asa del portafolios fuertemente.

Ahí sí pude estar más cerca de ellos. El presidente municipal se ofreció a poner bajo custodia el portafolios negro, para que sus ilustrísimas pudieran estar más a gusto. Pude oír claramente lo que contestó Fosado:

-No, licenciado, no; de este portafolios no debo desprenderme.

-Tal pareciera como si albergara un inmenso tesoro, padre.

-Son los planos de una nueva parroquia para nuestra señora de Guadalupe en Mérida; ¿no son acaso un inmenso tesoro? ¿No es, toda obra de Dios, un inmenso tesoro? ¿No debe cuidarse como a tal?

El gordo y barbado presidente municipal, aturrullado, se deshizo en disculpas y no insistió más.

El menú fue un buffet con fuerte acento local. Cada platillo tenía un letrero, para los forasteros:

Sopa de lima, Pibil hua, Pimes, Pemoles, Tobi holoch, Sikil pac, Sac pet, Chamitles, Dsotobichayes, holoches, chachachuahes, papadzules, mucbilpollo, sheck, popolcanes, puchero de res y puerco, frijol con puerco, queso relleno, relleno negro, mondongo xcabic, pavo de monte en kol, pipián de venado, escabeche oriental, tzaan chaac, chirmole y poc chuc.

Sus ilustrísimas no se movieron de su mesa, los meseros les presentaban las fuentes con los guisos y les servían, si la vista y el olor era agradable. Justo es señalar que sus ilustrísimas no dejaron platillo sin probar. El portafolios negro, en medio de los dos, era invulnerable.

Tampoco circularon en la sobremesa. Canijillo Leperaza disertaba sobre muchos temas, pero el principal, el que todos aplaudieron, fue el del próximo fin del "partido del oprobio y la corrupción" al cual derrotarían rotundamente en el año 2,000, con el favor de Dios, naturalmente. Amén.

Discurrí que, de haber traído una bomba de fragmentación, de haberla hecho explotar debajo de la mesa del buffet, la conmoción producida y la confusión consiguiente me hubiese permitido echarle mano al portafolios negro, pero deplorablemente no preví esta posibilidad y tuve que salir del club campestre con las manos vacías.

La misa para las encopetadas yucatecas se revistió de las mismas dificultades que los eventos de todo el día y así me dispuse a entrar a la cena del Club Libanés.

Sus Ilustrísimas y sus cercanos acompañantes lucían cansados de tanto jolgorio, cháchara y sombrereo. Estaban proclives al descuido.

Las pinches libanesas boshitas habían contratado un fuerte equipo de seguridad, el cual no dejaba pasar ni al viento. Rodee el edificio para ver si hallaba un resquicio que me permitiera colarme, pero cada puerta, cada ventana, estaba vigilada, cada tipo tenía un uoqui-toqui a la mano y pistola en la cintura.

Esta vez sí llevaba una granada, pero sería difícil, casi imposible introducirla, porque en la entrada habían instalado dos arcos detectores de metales, de alta sensibilidad, y aquel o aquella persona que los hacía sonar, era detenido y cortesmente revisado.

Sin invitación no se permitía la entrada, fuese quien fuese, a menos que viniera alguien conocido a identificar a la persona.

Ni siquiera hice el menor intento de colarme sin granada ni pistola, pues caso no tenía. Entonces volví a la casa del obispo Beltrán, que por fuerza ahí tendrían que llegar a dormir los prelados.

La mansión de cantera estaba custodiada por dos simples policías uniformados, chaparros, mal fajados y cabezones. Tal parecía que el obstáculo era sencillo de superar, pero al ver que cuando un grupo de admiradores del cardenal quiso entrar, salieron inmediatamente tres guardias a impedirlo, lo pensé mejor.

Al rato llegaron los prelados atrás de una descubierta de seis motociclistas de tránsito y en la retaguardia una patrulla, porque a pie, detrás de la patrulla, venían unas quinientas personas entonando vivas a Cristo Rey y Salves a María. Y como se quedaran unas doscientas admiradoras un par de horas, y la patrulla se estacionara frente a la puerta una vez que los dignatarios entraron, desistí de mi empeño. No era conveniente alertar a los custodios del cuadro. Al día siguiente, más confiados porque todo Yucatán les expresó su fervor, sería más prudente emprender el rescate. Me fui a dormir. Iba a necesitar buena condición para el operativo. Antes de meterme a la cama, bajé al coche mi equipo de trabajo.

Debería estar a las 9:30 del domingo frente a la casa del obispo Beltrán para aguardar su salida y acechar la coyuntura en la cual podría hacerme del cuadro. Por eso me alojé en un hotel del Paseo Montejo, pero las previsiones más sabias a veces son echadas a perder por un pendejo. Tuve un contratiempo: resultó que, al recoger el coche después del desayuno, éste estaba hasta atrás de otros en el estacionamiento del hotel, y el encargado de las llaves no aparecía. Uno de esos estúpidos imponderables que pueden echar a perderlo todo. Lo buscaron, grité, insulté, hasta que lo sacaron de una "van" donde estaba dormido profundamente, no tan sólo crudo, sino aun medio borracho. Luego, había que mover los demás coches y los acomodadores no eran suficientes.

Cuando llegué a las cercanías de la casa del obispo Beltrán no vi movimiento de gente. Bajé a preguntar, no me quedaba otro remedio. Hacía diez minutos el cardenal había salido en el Marqués Blanco del obispado. Desconocía la ruta que iba a seguir, por lo cual decidí irme al aeropuerto a toda velocidad e interceptarlo, de ser posible, poco antes de que llegara.

El hecho de ser domingo por la mañana me facilitó el traslado, no sin que estuviese a punto de chocar un par de veces. Justo en el momento en que avistaba la entrada al estacionamiento, vi llegar al Marqués blanco; el estacionamiento estaba abarrotado, pues el arribo de Pillone había motivado que tanto la "Casta Divina" como la "Casta Beduina" estuviesen ahí a recibirlo, por eso el Marqués blanco iba a vuelta de rueda, buscando un cajón. Entré detrás de él, y al dar la vuelta en un pasillo el Marqués tuvo que detenerse, quedando en ángulo de 90 grados respecto a mí. Me hice cargo de la situación. En el Marqués iba solo el cardenal Fosado en el asiento trasero. En el delantero, el chofer que pitaba, impaciente. Adelante estaba un coche rojo, grande, detenido porque esperaba que de un cajón saliera una Cherokee que ya maniobraba en reversa, pero muy lentamente. Alrededor no había mucha gente, solo coches estacionados, vacíos. El sitio era ideal, atrás de mí, ciertamente, venía una cola de autos que pretendían estacionarse, pero sin espacio para maniobras, estaban detenidos, al igual que yo. A unos diez metros de distancia se acercaban tres hombres a nuestro carril. No le di importancia al hecho, bajé con mi cuerno de chivo preparado, apagué el motor y me llevé las llaves del coche para estorbar a los de atrás. En los pocos segundos que había estado detenido detrás del Grand Marqués, examiné la carrocería con el objetivo de saber si era un coche blindado o no. El chofer llevaba su vidrio bajado a la mitad, pues a esa hora no hacía calor, pude así apreciar el grosor del cristal y me di cuenta de que era normal. El ancho y marca de las llantas también eran normales, por lo que deduje que el auto no era blindado.

Con esa certeza, con mi cuerno de chivo en una mano, ocultándolo lo más posible, caminé de prisa hacia el Marqués blanco y eché un vistazo a su interior. El cardenal tenía a su lado el preciado portafolios negro, sobre la parte libre del asiento, así que al llegar junto al chofer, alcé mi arma y disparé sobre su cara. Los vidrios saltaron hechos añicos, el Marqués era de cuatro

puertas, con la mano izquierda levanté el seguro y abrí la puerta trasera izquierda para sacar el portafolios, pero el cardenal hacía intento de levantarlo del asiento, tal vez para protegerse con él, protegiéndolo así también. Disparé a su cabeza a un metro de distancia, procurando no tocar el portafolios negro. El cardenal soltó el portafolios, al tiempo que su cabeza, impulsada por las balas rebotaba sobre la ventanilla y también la hacía añicos. Cogí el portafolios y me eché para atrás. El sonido de unas balas tocando el auto que estaba detrás de mí, me anunció que me disparaban, probablemente los tipos que había visto, probablemente la seguridad del cardenal que iba a protegerlo cuando descendiera de su coche.

Me agaché lo más que pude en retirada culebrando entre los autos vacíos. Una bala me dio en el brazo donde llevaba el cuerno de chivo. Lo solté, pero lo retomé con la izquierda, ahora cogía el arma y también el portafolios. Mi brazo derecho no me respondía, así que solté ambos objetos que llevaba en la izquierda, saqué una granada, pues estaba en desventaja y la lancé hacia donde provenían los disparos. Los tres tipos se habían abierto en abanico, de modo que sólo toqué a dos, el otro se abrió más, poniéndose junto a los coches que esperaban circular para estacionarse, disparando desde ahí. Yo puedo disparar un cuerno de chivo lo mismo con la derecha que la izquierda, pues para eso me he entrenado. Disparé sobre el tipo, el cual se movía incesantemente pistola en mano, pero al fin lo alcancé y lo derribé. Levanté el portafolios y eché a correr hacia el perímetro del estacionamiento, agachado entre los coches estacionados, arrastrando el portafolios y el cuerno de chivo. Así salí del estacionamiento por uno de sus costados y di con una mujer que, asustada, se había detenido al oír la traca y la explosión de la bomba. Estaba afuera de su coche, la puerta abierta, de modo que le puse el cañón de mi arma en una oreja y le ordené se metiera y se alejara de ahí. Eché el portafolios al asiento trasero y con el cuerno de chivo apuntándole le ordené cogiera hacia Progreso. La tipa, de mediana edad, rechoncha y cabezona, iba nerviosa y manejaba mal. Le ordené detenerse, la corrí al lado y manejé yo.

Del estacionamiento se elevaba una gruesa columna de humo y llamas. Entré a la cochera de la casa de Chicxulub. A la tipa la encerré en un baño y luego forcé la cerradura del portafolios,

pues el cardenal se había llevado la llave al infierno. Ahí estaba la tela, supuestamente la original, de eso qué iba yo a saber. Opté por salir de Yucatán por el mar, ya que ese día y el siguiente el aeropuerto no sería un buen sitio de embarque para mí.

La tipa era un estorbo, además me había visto herido y con el portafolios. Atornillé el silenciador a mi Luger y la puse fuera de circulación para siempre. Guardé su coche en el garage, me hice una curación de emergencia, no tenía una gran hemorragia de modo que no era de temerse me desangrara. Cubrí el portafolios negro con un paño verde, y de ahí en taxi llegué al embarcadero nuevo, donde tenía el yate esperándome. Vamos a Isla del Carmen, le ordené al piloto. El viaje fue tranquilo, por la radio nos enteramos de que dos bandas de narcos habían hecho una sarracina en el aeropuerto con saldo de siete muertos y doce heridos, la mayor parte gente inocente, que en la trifulca había perdido la vida monseñor Gerardo María Fosado, cardenal, obispo de León, que la celebración litúrgica del día siguiente se había suspendido y que monseñor Chicolano Pillone, consternado, había cancelado su gira y vuelto a la ciudad de México pocas horas después en un jet particular.

8. TABASCO ES UN EDEN

Llegamos por la noche a Isla del Carmen. Inmediatamente busqué un cirujano que me extrajera la bala y me hiciera una buena curación. No fue difícil dar con él, le pagué su sueldo de todo el año en el IMSS y no hizo preguntas. La cura me llevó toda la mañana del lunes primero de mayo. Lamentablemente había un hueso roto, por lo que hubo de enyesarme, pero no me preocupé mayormente, dado que la parte más peligrosa de mi trabajo había concluido. Bueno...eso creía.

Así me vi curado, reposé toda la tarde la operación y el martes alquilé una avioneta y volé a Villahermosa con mi preciado tesoro.

Llegué a las once de la mañana y me alojé en el hotel Viva. Llamé a Fernando Baeza y concerté una cita para comer. Le tenía buenas noticias, le dije.

-¿Tienes ahí el cuadro? -inquirió, vehemente, como si fuera suyo.

Algo en su ansiedad me dio mala espina, por eso le mentí:

-No lo traigo conmigo, pero en la tarde lo recibiré.

-Está bien, nos veremos a las dos en el comedor del hotel para ir por él.

Era la una, conociendo la puntualidad tropical fui a Tabasco 2000, muy cerca de ahí, y alquilé un coche. Regresé con él al hotel, pero no lo metí al estacionamiento para evitar que lo registraran como de mi uso. Salí con el portafolios, debidamente envuelto en plástico opaco y lo metí en la cajuela. Luego fui al estacionamiento general de Tabasco 2000 y ahí lo dejé. Guardé la contraseña en una caja de seguridad del hotel y a las dos y media entré en el comedor. Tal como lo suponía, Fernando Baeza no había llegado. Ordené un vodka-dubbonet con un golpe de campari y pedí un bocadillo.

Para hacer tiempo me di a la tarea de revisar los periódicos locales. Me hice traer algunos a la mesa. Me enteré de que el magnate David Gurabo había sido liberado mediante el pago de un rescate cuyo monto el secuestrado se negaba a decir. La policía de todo el sureste andaba sobre los raptos y se tenían algunas pistas, las cuales no se daban a conocer por motivos obvios. Sin embargo, el jefe de la judicial local, Tranquilino Neme, afirmaba que los cinco delincuentes caerían en cuestión de horas, sin especificar cuántas. Eso significaba que me incluían en la banda. Me puse lentes naturales. En la sección de sociales se le daba el pésame a Gurabo, por la muerte de su esposa, acaecida el día anterior a consecuencia de los sustos recibidos en el trájín del rapto. Las esquelas de condolencias llenaban una sección completa de todos los periódicos. ¡Vaya! Resulta que aquella que me maldijo y deseó mi pronto ingreso al infierno, se me adelantó con mucho. ¡Vaya!

Dieron las tres y Baeza no llegaba. Decidí darle una lección de puntualidad. Al Capitán, quien conocía a Baeza, le encargué le dijera que regresaría por la tarde. Me fui en taxi al Club de Pesca, pues tenía ganas de comer tortuga en verde, platillo exotiquísimo que jamás había probado y el cual "Ocár" me lo había recomendado mucho.

Grande fue mi sorpresa al ver a la "Misha" detrás de su caja registradora. Aprecié la inteligencia de aquella muchacha en todo lo que valía, pues en vez de ponerse a gastar dinero

cuando el asunto Gurabo estaba aun caliente, se había reintegrado a su humilde trabajo. ¡Esa chiquita valía oro!

Me sonrió al verme, como a un cliente más, como si yo, no hacía mucho, no me hubiese tomado la pequeña libertad de corretearle las lombrices. Correspondí a su sonrisa con otra, igualmente discreta.

Me metí el monumental tazón de tortuga en verde, en verdad exquisita, preparado con un guisote hecho de yerbas chipilín, chaya y momo, espesado con unas bolitas de masa y acompañado además con arroz blanco. Quedé bombo.

De regreso del baño, aprovechando que la "Misha" estaba sola en ese momento, me acerqué a cuchichearle:

-¿Todo bien?

-Muy bien.

-Quiero verte.

-Pasa por mí a la salida.

Le compré unos cigarrillos, que tiré al salir, y me devolví al hotel Viva. Eran las cinco y media de la tarde. En el casillero de mi llave había un recado. Me lo dieron. No lo leí sino hasta estar en el cuarto. Era muy simple: "Siento haberme retrasado. Cenemos, nueve en punto. Sin falta. Mismo lugar"

De nuevo intuí que algo iba no muy bien. Baeza debió de haberme esperado hasta mi llegada. Algo tramaba, algo que apestaba. Dormí toda la tarde y a las siete me arreglé. Era una lata andar encabrestillado, pero ni modo. Bajé al comedor y le dejé un sobre a Baeza. Mi recado era también lacónico: "Tengo curación a resultas de un accidente. Desayunemos mañana. 9AM, mismo lugar". Yo no tenía prisa en devolver el cuadro. Aun faltaban dos días para el 5 de mayo, vencimiento del plazo. Baeza tendría que aprender a tratar conmigo.

Contraté un taxi por hora. Entre menos movimiento le diera a mi brazo, más pronto sanaría. Mis viejos amigos, los moscos de Tabasco, me siguieron apenas ponía pie en

descubierta. La "Misha" lucía espléndida: un vestido blanco, entalladísimo, y en la garganta un cintillo de brillantes falsos.

Apenas hubo entrado, ordenó al chofer:

-A la discoteca "Q".

Casi pegué mi boca a su oído moreno, pequeño, incitador a mordisquearlo, para advertirle:

-No podremos hablar.

-Sí podremos, como ahorita. En esa oscuridad pasaremos desapercibidos.

No volvimos a cruzar palabra. La discoteca estaba cerca de la deportiva, algunos contornos me resultaban familiares.

Pedimos un reservado en el rincón más oscuro. La "Misha" tenía razón, ahí nadie podría oírnos. Las cabezas juntas, repirando un perfume que identifiqué como "de marca", tal vez primer síntoma de la bonanza repentina, comenzamos una larga plática:

-Te veo bien. Me alegra. Ya casi no se te notan los golpes de la cara.

-Yo a ti, no. ¿Qué te pasó en el brazo? Te veo raro con lentes y bigote.

-Tuve un accidente de poca importancia. Después te cuento. Esto es para despistar - precisé tocándome el bigote falso - ¿Tuviste muchos problemas?

-No muchos. Cuando los encapuchados llegaron nos vendaron los ojos a Gubaró y a mí. A la vieja no. La necesitaban liberar para lo del segundo rescate, así que la soltaron bajo la amenaza de que si los describía a la policía, matarían a su marido. Nos dejaron cerca de la casa de Gubaró, la vieja me quitó la capucha, hasta entonces se acordó que somos parientes políticos lejanos. Me pidió que la ayudara y lo hice. Avisamos a la policía, pero cuando le dijeron que diera la media filiación de los secuestradores, les dijo que no la daría sino hasta ver sano y salvo a su marido. Fuimos a ver a Cheverny, le contamos lo del segundo secuestro, Cheverny se movilizó para reunir el dinero en 24 horas, les dio menos que en la vez anterior, fueron quinientos mil dólares, pero aquellos aceptaron. El mediador fue el señor obispo de Tabasco, por órdenes de Cheverny, pero quien entregó el dinero fue la vieja, apenas contaron los billetes la mataron, para

que no los identificara jamás. A David Gurabo lo soltaron por Tapijulapa, vendado de los ojos. Está muy malo. La diabetes se le agudizó. Todo ese tiempo, dos o tres días, pedí permiso en el trabajo, después de todo, ya era famosa; cuando la policía me preguntó por qué el día del secuestro no fui a trabajar, le dije que había amanecido con la presión muy baja y que había decidido faltar y caminar un poco por la deportiva.

-Chica lista. Tengo algunos datos de Cheverny, pero insuficientes, el tipo me intriga. ¿Sabes algo de él?

-Es como la sombra de Marcos Jamal. Lo acompaña a todas partes, tiene una oficina junto al despacho de Jamal y en los viajes ocupa una habitación contigua, pero lo más importante es que es uno de sus principales socios y operadores financieros. Jamal no toma una decisión importante sin consultar antes al padre Cheverny.

-Sabes más de lo que me suponía.

- Desde que su banco me embargó estuve investigándolos, recuerda que estudio leyes, quería descubrir algún resquicio, legal o ilegal que me permitiera salvar mi casita.

-¿Ya te cambiaste?

-No. Seguí tus consejos. Voy a dejar perderla. Nos cambiaremos primero a un departamento y dentro de un año más o menos compraremos otra. Voy a "sacarme la lotería".

-Sabia y prudente decisión. Volvamos a Cheverny, cuéntame todo lo que le sepas.

-El padre Cheverny ejerce una gran influencia sobre el obispo de Tabasco porque la "Fundación Jamal" ha hecho muy importantes donaciones.

-Sí, eso lo sé. ¿Sabes cómo llegó aquí?

-El es francés. Fue ordenado en Durango en 1981, tiene licencia para ejercer el sacerdocio por tiempo indefinido, según autorización otorgada por el Arzobispado de México en 1990. Permaneció ilegal en México, ya que nunca regularizó su situación migratoria. Todo eso lo logra porque se dice que es el responsable de los dineros del Vaticano en México.

-Los dineros de Dios.

-O del diablo, vete tú a saber, porque ha dicho, y lo han repetido algunos curas, que "para hacer cosas buenas, los sacerdotes deben mezclarse con gente ruin"

-Como Jamal Cebiche y David Gurabo.

También afirma que "si el dinero que recibe es ruin, no es su tarea averiguarlo"

-Este es tan cinico como Salinas, que dice que es inocente de todo y de lo que lo acusen de aquí al año dos mil.que el Jolopo.

-Para congraciarse con el gobierno, ha dicho que el Grupo Financiero Pochitoque del Sureste va a comprar el puerto de Dos Bocas. Con lo de la próxima venida del Papa a Mérida, su poder se ha acrecentado enormemente, está preparando todo el tinglado de su bienvenida y estancia. Por eso se rumora que Pillone lo odia.

-Es que le está birlando los dineros de Dios.

-¿Por qué te interesa tanto?

-Creo que él organizó el secuestro de David Gurabo.

-¡No es posible!

-Pero además, pretende quedarse con un cuadro muy valioso, propiedad de la Fundación Jamal.

-¡Imposible!

-¿No lo crees capaz?

-Habías de verlo. Nunca se pone ropas de lujo. Anda con huaraches. Encima sólo trae crucifijos de madera, rosarios de plástico, es la humildad en persona.

-Creo que el padre Cheverny planea un golpe en grande.

-¿En contra de Jamal?

-En contra de todo el mundo.

-¿Será un falso religioso?

-Un religioso apócrifo no conversa con el Papa. No, es un religioso pillo, como Pillone.

-¿Pillone? Esta tarde llegó a Villahermosa.

Asimilé la noticia. Esto se iba poniendo bueno. Pero tenía que incrementar mis precauciones. Decidí confiar en la "Misha", necesitaba urgentemente su ayuda.

-Mira Violeta, estoy en un apuro.

-Lo intuyo, por lo de tu brazo.

-Acertaste. Necesito tu ayuda...si es que no me guardas rencor.

-¿Rencor? ¿Por qué?

-Lo que hice con tu culito, mamacita.

-Era necesario. Lo comprendí cuando los secuestradores me liberaron. Me dolió, ¿eh?.

-Pero también te gustó.

-También. En caso de que sea indispensable repetir el número, cuenta conmigo. Para eso, y lo que tú digas. Chucho, me hiciste una mujer rica en cosa de un par de días. Yo no soy ingrata. Cuentas conmigo, lo sabes.

-¿Tus bonos están bien con Gurabo?

-Le gusto. Es un viejo garañón. Me vio desnuda, me desea.

-¿Podrías verlo a esta hora?

-Creo que sí. Me dio su teléfono.

-¿Aunque esté enfermo?

-Ya te lo dije, es un garañón. También es un enfermo sexomaníaco.

-¿Tendrá las llaves de la Torre Maridaje?

-Por supuesto. El es el vicepresidente del Consejo del Grupo Financiero Pochitoque del Sureste.

-Se trata de tomarlas prestadas por unas horas. Tendrías que buscarlas, tendrías que saber que son efectivamente, de la Torre. Y tendrías que pasármelas inmediatamente o en el transcurso de la noche si es que no puedes desafanarte de él.

-Podría intentar todo eso que tanto te interesa, mas no puedo garantizarte que lo lograré. En eso no tengo experiencia.

-No importa, necesito esas llaves. No hay alternativa -concluí perentoriamente, acaricándole la barbilla.

Todo el tiempo habíamos hablado con la cabeza juntos, única manera de oírnos. Todo ese tiempo había aspirado el perfume nuevo, mezclado con su aroma natural de mujer bonita. No quise reprimir el impulso de darle un beso. Busqué su boca, ella buscó la mía. Mi lengua exploró el nido de su lengua. Su lengua se enroscó en la mía. Así estuvimos, dándonos un beso profundo, tal vez segundos, tal vez minutos, ojalá hubieran sido horas. Sin decir más, emocionado, pagué la cuenta.

Salimos de la discoteca y fuimos a Tabasco 2000 por mi coche. Desde un teléfono público Violeta se comunicó con Gurabo. Si, como la chica afirmaba, el tipo era un obseso sexual, trataría de no dejar ir ese bizcochito de 22 años. Ella se quitó el cintillo de brillantes, era muy llamativo. Me lo dio a guardar.

-¿Y esto? -pregunté en relación a la baratija.

-De cuando salí reina de la preparatoria. No hace mucho.

Gurabo la deseaba intensamente. La citó para esa misma noche. Me guió y le prometí que la aguardaría no lejos de ahí. Eran las once de la noche cuando nos despedimos. Tres horas más tarde la vi aparecer junto a mi ventanilla.

-Ya estuvo -dijo, tintineando un llavero frente a mis narices.

Todo comentario sobraba. Nos fuimos a la Torre Maridaje inmediatamente.

Estacioné a una cuadra. Fui solo a echar un vistazo de reconocimiento de campo. Como en la Torre no había banco pues eran oficinas, tampoco existía vigilancia especial. Examiné las llaves. Cada una tenía una pequeña etiqueta colgante, estaban las de la entrada principal y también la de la entrada al estacionamiento privado ubicado en el primer piso. Y había una, que no era llave propiamente dicho, sino un contacto tipo reloj marcador, y cuya etiquetita tenía el salvador nombre de "alarma". ¡Magnífico!, todo lo que tenía que hacer era averiguar donde estaba el agujerito para esa llave. Regresé al coche, saqué mi Luger y le puse silenciador. La "Misha" no me vio hacerlo. Eché a caminar por la acera del edificio y, al pasar junto a la puerta principal,

bien iluminada, me detuve un momento para examinar el área. En la mano encabrestillada sostenía la Luger, en la izquierda, el llavecín. No distinguí la entrada del llavecín. Entonces le di la vuelta a la Torre y vi la puerta de entrada del estacionamiento interior. Además de no estar bien iluminada, esa puerta daba a la parte posterior del edificio, a salvo de miradas indiscretas. Con mucho más calma revisé palmo a palmo el área y no tardé mucho en descubrir la entrada del llavecín, pese a estar bien disimulada. Lo metí, di vuelta y con eso quedó desconectada la alarma exterior. No entré, fui por la "Misha", sin su ayuda no podría hacer lo que tenía planeado. Con la "Misha" me traje el portaplanos negro y además una bolsa con algunos de mis instrumentos especiales.

Entramos en el estacionamiento del edificio. Hallamos otra puerta que lo comunicaba con el interior de las oficinas. Fui buscando el lugar donde se hallaba expuesta la primera copia del cuadro. De pronto, oímos pasos, era el vigilante nocturno que hacía su rondín con el reloj marcador de postas. Le dije a la "Misha" que abriera la bolsa que llevaba ella y de ahí saqué una pistola disparadora de dardos. Cuando tuve a tiro al guardia le asesté uno en la espalda. El pinchazo lo sobresaltó, no acertaba a comprender lo sucedido. Con su mano libre trató de palpase la espalda, pero no alcanzó a completar la maniobra porque poco se fue derrumbando al suelo. Tenía para una hora de sueño completo. Le saqué el dardo, lo arrastré y lo metí detrás de una puerta que encontré abierta. Luego seguimos caminando, cautelosamente, hasta llegar al vestíbulo principal, donde estaba el cuadro.

No era posible que nada más hubiese un vigilante, por lo menos tendría que ser una pareja. Así que dejé a la "Misha" detrás de un sillón y comencé a recorrer el edificio, piso por piso, utilizando las escaleras. En el cuarto piso escuché las pisadas de otro vigilante. Repetí la maniobra, lo dormí y lo escondí. Seguí hasta el octavo y ya no escuché más. Entonces bajé de nuevo las escaleras y fui con la "Misha", a quien encontré admirando el cuadro. Arrimamos un escritorio y pusimos encima de él un sillón y encima de éste una silla. Le dije que trepara y bajara el cuadro, que tenía un marco de madera artísticamente trabajado, muy pesado. Estuvo a punto de soltarlo, pero finalmente lo bajó. Lo pusimos en el suelo y no sin trabajo desprendí el marco de su

cuadro, poniendo en su lugar el original. Colocados ambos juntos, un ojo inexperto era incapaz de notar cual era el bueno y cual el apócrifo. Entonces busqué en algún escritorio un bolígrafo y le pinté a la tela auténtica un punto, imperceptible a simple vista, sólo apreciable para quien supiera que ahí estaba, en el ángulo izquierdo, pegado al marco. Con mucho más trabajo, pues sólo podía valerme de un brazo, colocamos el cuadro auténtico en su lugar, envolvimos el falso y por donde entramos, salimos.

No fue sino hasta el coche que la "Misha" habló:

-¿De modo que eso era lo que buscabas?

No quise darle explicaciones de la sustitución, pues el trabajo no había terminado, sólo comenté:

-Eso y nada más. Ahora, habrá que regresarle las llaves a Gurabo, o todo lo hecho se vendrá abajo.

Una vez más, admiré la astucia de esa ojiverde preciosa:

-¿Quieres que te cuente todo lo sucedido entre él y yo, o únicamente deseas saber si puedo regresar las llaves?

-Lo segundo, Violetita. No deseo saber cómo te las arreglaste, no por falta de aprecio a tu astucia, sino por el aprecio que tengo a tu adorable personita.

-En el botiquín de su baño, cuando entré para arreglarme para lo que él suponía sería una sensacional noche sexual, descubrí una cajita con pastillas para dormir. Machaqué unas cuantas y se las puse en su te, que trago no bebió. Supongo despertará ya entrada la mañana.

-Excelente trabajo -aprobé, sin ambages.

-¿ Y los guardias que dormiste? -quiso saber ella.

-Despertarán y, si quieren cuidar su chamba no dirán lo que les pasó. No saben si hubo robo, entregarán el turno a los del día y si no hay escándalo, menos hablarán.

Una vez más fuimos al estacionamiento de Tabasco 2000 y dejé el coche, con la tela falsa en la cajuela trasera. Le di la contraseña a la "Misha" y le dije que volviera en taxi a casa de Gurabo y ahí amaneciera con él. Que devolviera las llaves y cuando despertara lo felicitara por su

todavía pujante potencia sexual. En caso de que tardara mucho en despertar, le dejaría un tierno recado de despedida y se iría a Tabasco 2000. Había ahí una cafetería "La caña brava", en donde tendría que esperar una llamada mía hasta que fuera la hora de entrada a su trabajo; de no llegar yo, ella se iría al "Club de Pesca". En otro taxi me fui al hotel. Eran las tres de la madrugada cuando me metí en la cama y puse el teléfono para que me despertara a las siete.

9. ESA RUBIA DEBILIDAD

Al día siguiente estuve puntual con Baeza. Y, ¡oh, maravilla!, ahí lo encontré, saboreando un café.

Sin abandonar su eterna sonrisa, fue al grano:

-Te esperé dos horas, ayer.

-Me empezó a molestar la herida. Fui a curación, me desenesaron y volvieron a enyesar.

--Estuvo dura la balacera, ¿eh?

-Normal. Me traje la tela y un pedacito de plomo.

-¿La tienes ahora?

-Sí.

-Vamos por ella.

-¿No vamos a desayunar?

-No. Es más importante ir por ella.

-¿Traés el resto de mis honorarios?

Baeza señaló un maletín que tenía entre sus pies, debajo de la mesa:

-Aquí está -dijo, y comenzó a levantarse.

Dijimos al capitán que volveríamos luego y subimos a mi cuarto. Ya adentro, Baeza puso el maletín sobre la cama y lo abrió:

-Cuenta -sugirió.

Abrí el petaquín y a la vista vi el saludable color verde de los dólares. Saqué el primer fajo y al tratar de barajearlo sentí el frío cañón de una pistola en mi nuca.

-No lo barajees, ahí tienes seiscientos mil dólares, te lo garantizo, pero lo de abajo son papeles recortados.

-¿Puedo moverme? -pregunté pues estaba agachado.

-Con mucha lentitud, Chucho.

Enderecé el cuerpo y lentamente me di vuelta para verlo de frente. La sonrisa de Baeza era la del estafador nato:

-En eso no habíamos quedado -dije, sonriendo también -¿es que no habíamos hecho un pacto de caballeros?

-La Fundación Jamal considera que lo entregado, más lo que ahora te doy, es lo justo. Suma tres millones de dólares. Demasiado dinero. O bien, Baeza actuaba así siguiendo órdenes de Cheverny, o actuaba por su cuenta y pretendía quedarse con casi toda mi paga. Contra una y otra suposición yo tenía un as en la manga: el cuadro.

-O me pagas todo, o no hay cuadro. El cuadro está a buen recaudo. No hay negociación.

-O me das el cuadro o te mueres -amenazó Baeza, sin variar el tono melifluido de su voz ni su sonrisa de fullero.

-Mátame. ¿Qué cuentas entregarás a tu patrón? ¿Le dirás que entregaste tres millones de dólares y que no tienes el cuadro? Mátame y ellos te matarán inmediatamente, por tratarles de verles las caras de pendejos.

La respuesta a mi dilema la tuve de manera inesperada. En ese instante, tocaron a la puerta. Baeza abrió y ...¡entró Pamela Von Steadt!

Portaba un vestido ligero azul cielo, que hacía juego con sus acerados ojos azules, que me miraban, divertidos.

En el acto comprendí el juego. Pamela y Baeza estaban de acuerdo. Ambos querían repartirse los siete millones y medio de dólares que me debía Jamal, a espaldas suyas. Pamela era quien había planeado la operación y se desquitaba de la escenita en Cancún. Baeza era un instrumento dócil en sus manos. Al mismísimo infierno iría, por ella. Era su debilidad.

No lo criticaba, la rubia era un bocado sencillamente succulento, un manjar de dioses par aun pobre diablo, y si además se le agregaba un millón de pesos -no creía que ella fuese tan generosa de darle más-, era un esclavo suyo. Pero yo sabía donde estaba el cuadro, y ellos, no. Eran audaces hasta la temeridad, pero no eran muy listos. Iba a abusar de su propia sobrestimación y los derrotaría en breve.

-Qué gusto me da verte de nuevo, Chucho -saludó, sarcástica.

-Desármalo, Pamela - ordenó Baeza. Ella me sacó la Luger, que llevaba del lado izquierdo, y la metió en su bolso. Cuando estuvo echo, ella ordenó:

-Ahora, vamos por el cuadro. Considera tus honorarios completos con este dinero. Cuando me des el cuadro tu ropa estará en el aeropuerto, en donde te espera una avioneta que te llevará a Veracruz.

Comprendí que Pamela, al saber que Fosado había perdido la tela, junto con su vida, venía a recobrarla para Pillone, a verificarlo, incluso, para que el italiano lo llevara a Roma. Pamela me felicitó:

-Tu trabajo con el cardenal fue de primera. Pero monseñor Pillone, que por aquí anda, y viene por el cuadro, está furioso. El cardenal era hechura suya y ahora tendrá que buscar otro.

-Obispos y arzobispos hay de sobra a sus pies. Ya lo encontrará.

-Otro que está furioso con lo sucedido al cardenal Fosado es "El Señor de los Cielos". Cuando sepa que tú le diste pasaporte, tus días estarán contados.

-Tendrías que entregarme atado de pies y manos. Lo veo muy difícil, pero suponiendo, sin admitirlo, que así sucediera, entonces me preguntaría como supe que él tenía el cuadro. Antes de liquidarme le diría que tú me lo dijiste, pero no por la fuerza, sino para compartir conmigo el rescate. Entonces, tus horas estarían contadas. No perdona. Ni a una muñeca como tú.

Los ojos de Pamela, de ordinario azul cielo, adquirieron un tono acerado, que no presagiaba nada bueno para mí.

-Necesitamos el cuadro, Chucho. Debemos de cobrar lo que resta, que será para nosotros.

-Y luego me sacarán de enmedio ¿Me equivoco?

-¿Por qué habíamos de hacer tan mala cosa?

Baeza terció:

-Ya te dije que te pondremos en Veracruz con esa lana. Nada ganamos con eliminarte.

No podía entregarles la tela falsa porque Pamela, que sí entendía de pinturas y que, incluso lo había tenido en sus manos, descubriría el truco inmediatamente. Tenía que hacer tiempo para aprovechar un descuido de ellos y entonces zafármelos, después entregarle el cuadro auténtico al propio Jamal. No me quedaba de otra.

El celular de Fernandito sonó. Baeza cambió su semblante a medida que escuchaba. Tan sólo respondía "Sí señor", una y otra vez. Era indudable que del otro lado estaría Jamal, o Cheverny.

Cuando cerró la comunicación, miró consternado, a Pamela:

-Es el patrón. Quiere el cuadro inmediatamente.

-¿Le dijiste que ya lo tenías?

-Me vi obligado a decírselo, para que tuviera a mano el dinero.

-Subo la oferta a un millón. Pero ya -me ofreció ella.

¡Los tenía en mis manos!. Jamal sabía que el cuadro ya estaba en disponibilidad suya. Le urgía tenerlo, las órdenes dadas a Baeza no admitían demora. Me negué a entregárselos, así reforzé la idea de que yo poseía el auténtico.

-Te mataré -amenazó Baeza.

-Si lo haces, tendrás que explicarle a Jamal cómo, si la tela ya estaba en disponibilidad, se te fue de las manos. Te matará.

-Se lo impedirá Cheverny. El padre no mata.

-Pero Gurabo, sí. Recuerda que ese cuadro fue comprado con dineros del Grupo Financiera Pochitoque del Sureste, del que Gurabo es socio importante. Y el Vaticano también anda detrás de él, a través de Pillone. Y tú, Pamela, llegaste ayer con Pillone para darle el cuadro y verificar su autenticidad, pues el italiano sabe que hay una falsificación en juego. Vas a

traicionar a Jamal por segunda vez, porque Fernando tiene que entregar un cuadro, que sería otra falsificación, una tercera: ¿De dónde la van a sacar? ¿La trajo Pillone?

Los dos socios en esa doble traición se miraron a los ojos. Baeza levantó un poco más la pistola, apuntando a mi cabeza. El seguro estaba descorrido. Aguanté. Pamela ordenó imperiosa.

-Guarda esa pistola.

Y luego, mientras Fernando obedecía, en el tono más amistoso del mundo, me pidió:

-¿Vamos por el cuadro, querido?

-Vamos, podemos jugarlo a un volado -me permití bromear, sabiendo que tenía el control de la situación. Cuando Pamela viera que era falso, le diría donde se hallaba el auténtico. En el único lugar imposible de robarlo: en manos de Jamal, quien esta vez tendría más cuidado con él.

Ambos guardaron las armas. Miré el reloj, la "Misha" estaría entrando al "Club de Pesca"; marqué el número y me contestó ella. Le di instrucciones, no importaba que me oyeran, las reglas del juego habían cambiado:

-Ve a Tabasco 2000 y aguárdame en la puerta del café. No entres. Llevas la contraseña.

Fuimos en taxi, pues ninguno de los dos traía coche. Al llegar, le pedí a la insaciable Pamela que me acompañara. No hizo ningún comentario al ver a la "Misha", hasta que, cuando emprendimos los tres el regreso, opuso:

-¿Tiene que ir ella también?

Fui lacónico:

-Sí. Trabajamos juntos.

Los cuatro sacamos el coche. Apenas habíamos recorrido dos cuadras, Pamela exigió verlo. Fernando me convenció de que lo revisáramos en ese momento, poniéndome su pistola en las costillas. Accedí, detuve el coche en una calle lateral, abrí la cajuela posterior y con mucho cuidado desenvolví el portaplanos, luego lo abrí, y con una sonrisa triunfal lo saqué y se los mostré, exclamando:

-¡Helo aquí!

La rubia me empujó, me lo quitó, lo miró de frente, frunció el ceño, lo miró por detrás, revisó algunas etiquetas pegadas y luego, más seria y fría que la tumba de Lenin, me espetó:

-¡Es falso!

Yo grité, espantado:

-¡No puede ser!

-¿Dónde está el auténtico? -exigió rechinando los dientes.

-Sólo Fosado podría saberlo -argumenté, desolado -y se llevó el secreto a la tumba.

Pamela von Steadt habían caído en su propia trampa. Se quedaron viendo, furustrados, derrotados, sin saber qué hacer.

-Alguien nos jugó una mala pasada -me incluí en la "derrota" - --Pero para mí, este es el bueno, tengo que entregarlo a Jamal para cobrar. Voy a llevárselo. Ven conmigo, Fernando, devuélveme mi pistola, Pamela.

-Yo me largo de aquí -masculló furuiosa, la rubia.

-Espérate un poco. Váyanse tú y mi asistente al hotel, en una hora me reuniré con ustedes y les contaré si Jamal aceptó esta tela.

La curiosidad femenina pudo más que el desencanto y rubia y morena se fueron al hotel. Fernando y yo cogimos rumbo a la Torre Maridaje. Desde el coche, Fernando le anunció a Jamal que arribaríamos en unos cuantos minutos. Llegamos, entramos con el bulto y fuimos directamente a la dirección general, en el último piso. Miré de reojo a la pared donde dejé el cuadro auténtico y no lo vi. Estaba en el despacho de Jamal, sobre dos sillas; ahí también se hallaba quien supuse era el clérigo francés. Fernando nos presentó:

-El padre Cheverny.

No hizo intento de darme la mano, saludó con una leve inclinación de cabeza, y anunció:

-Don Marcos vendrá enseguida de que yo examine el cuadro que usted nos trajo.

Yo fui a lo mío. Pedí a Fernando que desenvolviera la tela que yo entregaba. Mientras él lo hacía, me acerqué al cuadro enmarcado y busqué la señal que le había hecho en el ángulo izquierdo. Un sudor frío me recorrió la espina dorsal. ¡La señal no estaba! Me acerqué casi hasta

tocar el marco con mi frente. ¡Ese no era el cuadro auténtico!. Antes de darme vuelta y encararlos, controlé mis reacciones emocionales. Luego, le dije al francés, señalando al cuadro enmarcado:

-¿Que buena copia, verdad?

-Muy buena, pero copia al fin -dijo sonriendo. Al punto identifiqué esa voz como la de uno de los dos hombres que le hablaban a Pamela en Cancún, precisamente de quien sustituyó el cuadro.

-Ya está -indicó Fernando, retirando el embalaje de cartón y el plástico que lo envolvía.

El padre Cheverny abrió el portafolios, tomó la tela y la puso sobre el gran escritorio de Jamal. Sacó una lupa y la examinó lentamente por adelante y por detrás. Luego que terminó, dejó la lupa sobre el escritorio y besó un ángulo, musitando en voz baja:

-Por fin has regresado, "Señor de los Cielos".

Jamal alcanzó a ver el acto de adoración y la plegaria de agradecimiento cuando iba entrando. Cheverny me señaló, agradecido:

-Nuestro salvador, don Marcos.

Jamal tampoco me dio la mano, pero dijo, entregándome un petaquín de aluminio, de tamaño más que regular:

-Aquí están sus honorarios, señor. ¿Quiere hacer el favor de contar?

Abrí el petaquín y muestree algunos fajos, revisando también algunos billetes, no me fueran a dar el gatazo. Quedé satisfecho, ahí habían 9.6 millones de dólares, en billetes de cien, la mayor parte, usados.

Fernando, solícito, dijo:

-¿Quieren que le ponga su marco al cuadro auténtico?

-No -atajó Cheverny. -Entiendo que monseñor Pillone está con el señor obispo en este momento, ve tú mismo y entrégale de mi parte esa copia con todo y marco, fueron a Tapijulapa, llévate el helicóptero; desde luego, hijo mío, no le digas que es copia, nada más dile que lo mando

yo. Ya él se dará cuenta. Aunque copia, será un buen adorno para su casa en Roma, pues con certeza ahí querrá tenerlo. De ser el auténtico, no dudo que se lo obsequiaría a Su Santidad.

Con el petaquín en mi mano libre, feliz de aquella operación tan exitosa, miré a los dos hombres. Cheverny, con la vista baja, pasando un rosario entre sus manos huesudas y blanquísimas. Jamal, el joven mago de las finanzas del sexenio que acababa de pasar, con la mano derecha posada en la tela que creía auténtica por obra y gracia de su confesor, amigo, socio y guía espiritual, sonrió brevemente:

-Fue un buen trabajo, señor. Le deseo un feliz retorno a su casa.

-Y que cure pronto de ese brazo -agregó el padre -¿fue una caída?

-No. Fue una bala que recibí en defensa de sus intereses. Gajes del oficio. Que la pasen bien.

10. DOS DIOSAS EN EL EDEN

Salí del despacho, bajé a la calle, abordé el auto y regresé al hotel.

En la habitación estaban dos de las mujeres más bellas con que había tratado en mi vida. La morena, platicando con la rubia.

-¿Todo bien, mi amor? -pregunté a la Misha y desde ese momento tuve el cuidado de no llamarla por su nombre o apodo.

-Sí, todo bien -afirmó sonriendo, feliz de verme de regreso.

-Así que le entregaste el cuadro a Jamal y te pagó -interumpió Pamela con voz en la cual se traslucía el despecho.

-Así fue. Verás qué cosa tan curiosa sucedió. El cuadro que les llevé era falso, tú lo verificaste, porque el auténtico, que yo rescaté de manos de Fosado, lo puse en el marco verdadero un día antes. Era la mejor manera de tenerlo guardado, a salvo de ambiciones bastardas. A la hora de entregarlo pensaba explicarle a Jamal el cambio hecho por vía de precaución. Solo que, cuando me acerqué a verlo, noté que no era el auténtico, porque al auténtico le había puesto una marca, y ese cuadro no tenía mi marca. Supuse, inmediatamente,

que Cheverny había descubierto que era el bueno, y lo cambió por una copia que guardaba. El tenía la segunda copia, no Pillone, como creí. Entonces me calmé, Cheverny quería quedarse con el auténtico para sí, y de las dos copias, la que yo entregaba era la mejor, por eso no dudó en afirmar que era la tela auténtica.

-¿Pero que pasará si Jamal lo hace revisar por un experto? Entonces se le caerá el teatrillo a Cheverny -opuso Pamela.

-Dudo que lo haga. Jamal cree en Cheverny como en Dios Padre.

-Pero si de casualidad, ¿alguien descubre la superchería?

-Entonces Cheverny se llamará a engañado también, pues es conocedor, pero no experto.

-Y Jamal comenzará a buscarte. Sabe donde encontrarte -se regodeó gozosa, la rubia, con mi futura ruina.

-Cuando eso suceda, dentro de un tiempo indeterminado, yo también me llamaré a engañado, pues tampoco soy experto. Y como sé quien tiene el auténtico, se lo diré y tendré que ir a quitárselo. Porque, yo sí cumplo. En resumidas cuentas, Jamal es el único perjudicado.

Entonces terció la "Misha":

- Te equivocas. Los perjudicados serán otros, quienes han entrado en sociedad con Jamal para el Grupo Financiera Pochitoque del Sureste, cientos de ahorradores, grandes y chicos, y también el Vaticano, a través de Cheverny.

-Los perjudicados, en resumen, serán los dineros de Dios -concluí.

-Y Pillone, que tendrá que viajar con las manos vacías a Roma.

-Oh - consolé a Pamela -no te preocupes por él. No se irá con las manos vacías. Cheverny le ha mandado con Fernando, la mejor copia de las dos. La recibirá dentro de unos minutos, pues Fernando se la lleva en helicóptero.

-Cheverny odia a Pillone -dedujo Pamela.

-¿Cómo crees? -dije con sorna -ese santo varón es incapaz de odiar a nadie, es incapaz de una mala acción.

Pamela anunció, con evidente tono de resignación, levantándose de la silla:

-Bueno, hemos llegado al final. Me voy. Tengo un avión esperándome.

-El avión en que iba a viajar yo -puntalicé, y añadí -no quisiera una despedida tan seca, Pamela, vamos a decirnos adiós como buenos amigos, cariñosa, amorosamente.

Pamela me vio, despectiva:

-Estás loco.

-Por ti, ricura. Anda, desvístete -y le apunté con mi Luger.

-Vas a violarme, corrientón patán -dijo con el tono más humillante de su repertorio.

-Oh, no. Vas a coger deportivamente. Se trata de una despedida de amigos.

-¿Delante de ella? -objetó señalando a la "Misha", quien me veía, estupefacta, molesta.

-Junto con ella. ¿Verdad que tú no tendrías inconveniente en hacer un buen tercio en la cama?

Si la "Misha" decía que no, me tendría que quedar con las ganas de cogerme a Pamela, porque con un brazo enyesado sería más que dificultoso, imposible. Ella no cooperaría. Dejé a la "Misha" la decisión. Por toda contestación, la "Misha" cambió de actitud, sonrió y comenzó a desnudarse, calmadamente. Al verla, Pamela patentizó su resignación:

-Que vamos a hacerle. Hoy no es mi día.

La "Misha" se quitó el brassier. Sus senos duros, enhiestos, desafiaban al aire. Luego se quitó la pantaleta. Tenía una buena mata de vellos púbicos de negro azabache. El trasero, ya antes probado por mí, era imponente, perfecto. Mientras Pamela también se desnudaba, pedí a la "Misha" que me ayudara a desvestir.

Los senos de Pamela también eran admirables, pero su dureza no era tanta como la de la morena. Su vello púbico era rubio, poco abundante, de un tono ligeramente más oscuro al de su cabellera. Más alta que la "Misha", sus piernas más largas y delgadas, pero sin llegar a flacas. Apagué el aire acondicionado, se trataba de hacer de aquello un horno sexual. Descargué mi pistola, le saqué la bala de la recámara y la puse en el clóset. Apenas aquella gacela blanca, blanquísima, hiciera el menor intento de huir, la pantera negra la cazaría, había comprendido mi desquite y me ayudaba.

Pamela oponía toda la frialdad de que era capaz. Que no era poca. Dejaría hacer, sin participar, según supuse. Pero yo soy experto en provocar actividad al volcán más apagado. Así que me fui para abajo y le dije a la "Misha" que le trabajara esos rubicundos pezones. Pamela no tenía un gran pelambre, los vellitos rubios le crecían arriba de la vulva, pero no la envolvían, de modo que la parte baja estaba casi lampiña. Que bueno, pues así, con la pura nariz podía ir abriéndome paso. Al principio no quería abrir las piernas, pero presioné más y más con la cabeza y luego con la nariz, hasta tener ese deliciosos tufillo femenino en la mera punta. Con mi mano útil busqué la cuevita negra de la "Misha" y la encontré. Hice que se acomodara transversalmente al vientre de Pamela, para que así a una le bajara y a la otra la dedeara. Luego comencé a recorrer sus labios externos con mi lengua, a todo lo largo, después fui abriéndolos tan solo con la lengua, después me fui sobre su botoncito del placer, que no lo tenía chico, un gracioso garbancito que se puso duro, pese a los esfuerzos de su dueña para permanecer impasible. Lo oprimía y chupaba con los labios, luego le di levísimas dentelladas, hasta que sentí el primer espasmo de placer. Sus manos me tocaron la cabeza, no para apartarme, sino para acariciarme, primero involuntariamente, luego con febril entusiasmo. Pamela gemía, yo le hacía "la llamada del payaso" ¡bbrrrrr! empujándole vaho de mi boca y vibrando mi lengua en la punta de su clítoris. Pamela emitió el primer gemido fuerte...¡Virgen María, dame puntería" dije para mis adentros y titilé aquel delicioso clítoris, mientras sus jugos vaginales caían a mi boca y me tragaba, deleitosamente unos buenos buchecitos, resbalando el resto por mi mentón y mi barbilla. El cuerpo de Pamela se retorció bajo mis inclementes caricias y obtenía un orgasmo tras de otro. Su vagina chorreaba, igual que la de la "Misha" pues mis dedos, perdidos en aquel bosquejo negro y fino, hacían buen trabajo en su clítoris. Ambas habían tenido un rosario de orgasmos cada una, de modo que, me separé de entre aquellas blanquísimos y perfectos muslos largos y le metí la verga hasta el tronco. No deseaba acabar, ahí. Con mi mano libre moví a la "Misha" y le indiqué a señas que se pusiera al lado de Pamela. Lo hizo. Entonces fui de una a otra. Se lo metía a una, lo sacaba y se lo metía a otra. No quería dejarme ir en una nada más. Tenía jocoque para las dos, de modo que cuando empecé a eyacular en la gruta dorada de Pamela, a medio orgasmo saqué y se la sumí

a la "Misha" salpicando semen en el camino. Todavía alcancé a sacar de la "Misha" y terminé en Pamela. Pocas veces en mi vida he experimentado la venida doble, ninguna tan excitante como ésta, sobre todo por las bellísimas mujeres que aun tenían orgasmos gemebundos.

Le piqué el cuadril derecho a la "Misha" insistentemente. Ambas yacían con los ojos cerrados. La morena se incorporó un poco. Le hice señas de que se vistiera. Yo también me salí de la cama y comencé a vestirme. Pamela se retorció, era de esas mujeres capaces de experimentar un centenar de orgasmos al término de una gran cogida, aun cuando no estuviera penetrada.

Nos vestimos en silencio. Recogí mi petaquín y le indiqué, siempre a señas a la "Misha" que fuera al clóset y recogiera el maletín con el medio melón. Nos salimos sigilosamente, cerré con llave por fuera y fuimos a la administración. Como mis petacas grandes estaban en el cuarto, nadie sospechó que nos íbamos.

Ya en el coche, le dije a la "Misha":

-En ese maletín llevas medio millón de dólares. Es tuyo.

-¿De Jamal?

-No. Era de la rubia. El cebo para tentarme y hacerme desistir. Pero no te preocupes, ella ganó una cantidad que ni te imaginas. De todos modos hará un gran coraje. ¡Pero vaya y chingue a su madre! Escóndete unos días, ella se irá peronto, aquí ya nada tiene qué hacer. Si algún día Fernando intenta extorsionarte, llamas a este número -y le el de mi celular en Sinaloa- luego la tomé de del mentón y exploré sus ojos. En aquellas pupilas vi el verde lujurioso de la selva tabasqueña, el verde de los potreros, el verde de los cañaverales, de las guacamayas y los loros, el verde que contenía todos los verdes de Tabasco. Pupilas que tal vez no vería nunca más.

Le di un beso de despedida y la bajé cuando vi un taxi desocupado. Yo seguí al aeropuerto y busqué la avioneta que me aguardaba para llevarme a Veracruz.

-Vengo de parte de Fernando Baeza -le avisé al piloto. Tengo una buena gratificación si en vez de Veracruz, me llevas a Guadalajara.

-Necesito poner más combustible.

-Se lo pones en Jalapa -sugerí, mientras le metía dos mil dólares en el bolsillo de su chaquetín.

-Hecho -aceptó. Y pronto tomamos altura. Alcancé a ver como de un taxi, desmelenada y presurosa, bajaba una rubia y se metía corriendo a la sala principal del aeropuerto.

¡Ah! Cuidado con las rubias, decía el viejo Humphrey Bogart. Son como el alma de la chingada.